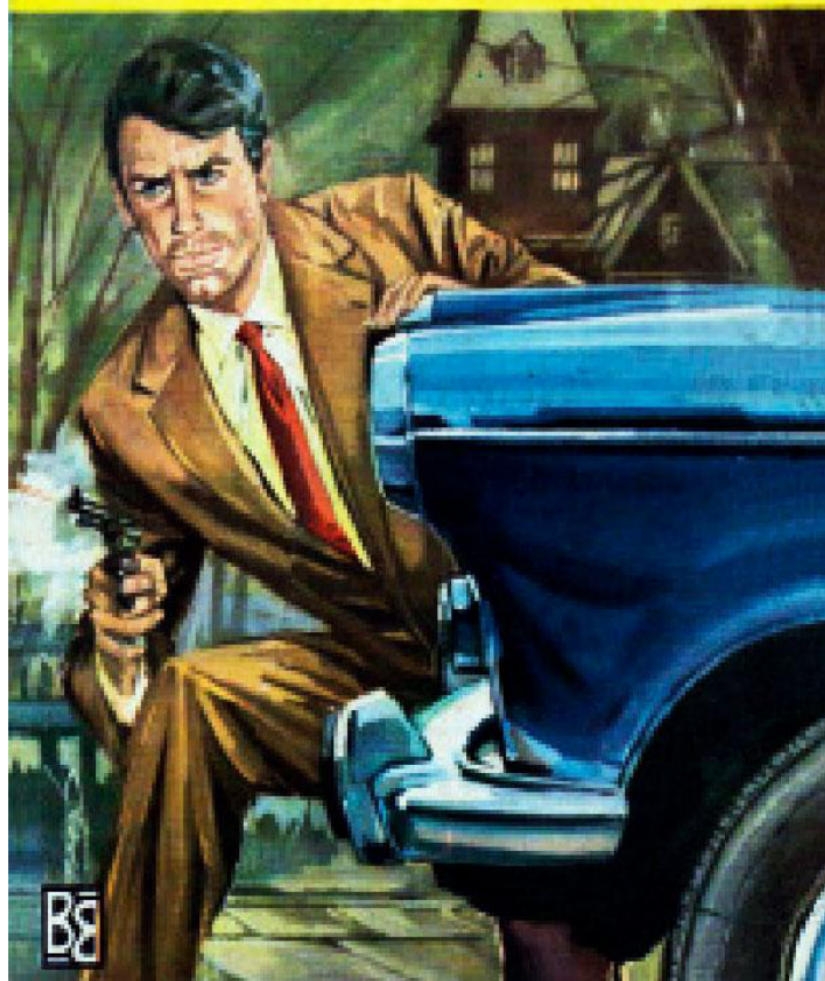


PUNTO
ROJO

los asesinos también mueren

alf regaldis



KAREN STAFORD



MARK
KINGSLEY



ALF. REGALDIE

LOS ASESINOS TAMBIEN MUEREN

Colección PUNTO ROJO n.º 198

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 35.334 - 1965

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero 1966

ALF. REGALDIE - 1966

sobre el texto literario

© MIGUEL GARCIA - 1966

sobre la cubierta

© COSTA Y CARRILLO - 1966

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 7.945/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Mark Kingsley, mientras hablaba por teléfono con Karen Stafford, no dejaba de mirar su reloj.

—Dentro de diez minutos habré salido. Pero ya sabes, sin entretenerme un segundo, tardaré más de una hora en llegar a tu lado —dijo el joven.

—Bueno, creo que he hecho mal en inquietarte. Tal vez no han sido más que aprensiones mías...

—¿Cómo era el fulano? —preguntó Kingsley.

—De tan presente que lo tengo, del miedo que me ha dado verlo merodear por aquí, casi no podría describírtelo.

—¿Y dices que pretendió abrir la puerta...?

—Sí. Al menos, me lo pareció a mí...

—Está bien. Puedes ponerte en contacto por teléfono con la policía del distrito...

—Me da un poco de vergüenza. La verdad es que no sabría qué decir. Tal vez él no ha intentado abrir y me tachen de loca...

—Como quieras, encanto. Tan pronto pueda estaré a tu lado...

—Sí, ven pronto. Pero ten cuidado tú también.

—¿Por qué no te reúnes con Lianne...?

—¿Salir yo sola? No lo intentaré...

—Que vaya ella a hacerte compañía. Tomáis el té juntas.

—La llamé por teléfono antes. No respondió. Supongo que habrá salido.

—En ese caso, no abras a nadie. Es cuestión de una hora. Ten calma, ¿lo prometes?

—Lo prometo...

—Hasta ahora, encanto. Voy a guardarlo todo, a vestirme y salgo enseguida. Afortunadamente, tendré ahora unos días de descanso...

—Me alegraré mucho de ello. Estaremos juntos todos los ratos

que podamos.

Siguió una tierna despedida.

La rubia Karen cortó la comunicación por su parte y Kingsley, cuando se hubo asegurado de ello, dejó descansar el tubo del micro sobre la horquilla.

Se sentía cansado, aunque estaba satisfecho. La ingente labor, prácticamente, se hallaba terminada.

Quedaban aún algunos detalles, pero que no afectaban a su grupo. Era la ventaja que tenía trabajar en equipo.

—Esas y otras ventajas... —murmuró.

Comenzó a despojarse de la ropa que llevaba en el laboratorio para vestir la de calle.

Mark se sentía orgulloso de sí mismo. Su nombre sería famoso pronto, muy pronto.

Pero no era aquello lo que más le importaba. Lo más interesante era la satisfacción del deber cumplido; la alegría, mayor aún, de haber conseguido una victoria científica que podía tener mucha resonancia.

Miró el aparato telefónico. Le recordaba a su rubia Karen con la que había hablado hacía unos momentos.

Su atractiva prometida dejaría el escenario y se dedicaría exclusivamente a él.

—Si quiere bailar, que baile para mí.

Karen dejaría de ser la maravillosa bailarina que siempre destacaba entre el conjunto de sus compañeras, que la envidiaban. Y pasaría a convertirse en la joven esposa del no menos joven y brillante científico.

Mark se pasó una mano por la frente.

Estaba cansado, hasta el punto de que necesitó sentarse un momento.

Cerró los ojos y vio la imagen de Karen bailando para él solo. Se quedó dormido sin darse cuenta.

En sueños siguió viendo a Karen bailando una danza que tenía algo de endiablada, la danza de los siete velos que bailaba solo para él.

Cuando se iba a despojar del último velo vio a la señora Simpson, viuda de un científico que había trabajado con ellos. La señora Simpson trabajaba también allí; era una mujer eficiente, tan

capaz como lo había sido su marido.

Tenía un fondo excelente, pero resultaba excesivamente severa, poco tolerante con las debilidades humanas.

En sueños interrumpió el baile para decir de forma inexpresiva:

—Sin duda es un bonito espectáculo, pero poco edificante, profesor Kingsley. A un hombre de su clase le corresponde otra clase de mujer. Usted necesita una verdadera compañera.

Le despertó la voz de la señora Simpson precisamente. En su manera de hablar inexpresiva, sin tonalidades, le dijo:

—El profesor Surrey le llama.

—No dijo una palabra más, pero le dirigió una mirada reprobadora.

Kingsley dio un respingo y se puso de pie.

Miró la hora.

—Menos mal que apenas he dormido de seis a ocho minutos. Parece imposible; recibí la sensación de que el sueño duraba horas...

Recordó la imagen vista en sueños y sonrió.

Se apresuró a presentarse al profesor Surrey, el jefe de equipo.

Surrey no era jefe de equipo por su capacidad, sino por la edad y el tesón que había demostrado siempre. Y porque había sabido rodearse de gente joven, con capacidad creadora, esa capacidad creadora de la que él carecía.

Kingsley había sido alumno de Surrey. Y éste, que lo conocía bien, lo había llevado a su lado tan pronto le había sido posible.

Kingsley recordó entonces su conversación con Karen. Se movió de prisa dispuesto a escabullirse sin hacer caso de la llamada de Surrey.

Pero tuvo la mala suerte de que éste le salió al paso.

—¿Es usted, Kingsley? Por favor, un momento...

—Quisiera irme, profesor Surrey. Es urgente.

—Es necesario que encontremos una pequeña incógnita que nos queda por resolver. Con su ayuda lo podré hacer rápidamente. Sin ella puede ser cuestión, de horas para mí... Y los demás se han ido ya.

La expresión de Surrey era desolada.

A pesar de ello Kingsley se atrevió a decir:

—Se trata de mi prometida...

—¿Algún compromiso? Las mujeres siempre... No hay que hacerles demasiado caso.

—Está asustada...

Al decir las dos palabras comprendió Kingsley que se podía tratar de una de tantas puerilidades de Karen y prefirió no proseguir.

Surrey se mostró amable, comprensivo y dijo:

—Sí, sé que está cansado. Más que cansado, agotado. Si el problema lo pudiesen resolver nuestras máquinas electrónicas, se lo habría dado a ellas. Pero las máquinas tienen más limitaciones que nosotros. Son nuestra obra, al fin de cuentas...

Mientras hablaban penetraron los dos hombres en el gabinete de trabajo personal de Surrey.

Éste abrió un cajón, tomó un pequeño frasco de cristal y sacó de él una pequeña cápsula.

—Tómese eso y le despejará, le dejará como nuevo. Es un preparado a base de anfetamina... Está prohibido su uso si no es con riguroso control médico. Pero uno tiene amigos...

Kingsley miró la cápsula con cierta aprensión.

Surrey tomó otra para él, sirvió agua en dos vasos y tomó su cápsula con ayuda del agua.

—Yo también la necesito. Luego dormiré mejor y si mañana no viene, mejor para usted. Yo tampoco pienso venir...

Kingsley tomó su cápsula.

Cuando se la hubo tomado, dijo Surrey:

—¡Ah! Aunque la dosis es mínima, no conviene que tome ninguna bebida alcohólica, por lo menos hasta mañana. El compuesto lleva un tranquilizante que combinado con el alcohol produce unos efectos bastante malos. El abuso de uno y otro en dosis excesivas ha producido más de una muerte. Por eso el medicamento está rigurosamente controlado.

—Menos para usted...

—Uno tiene amigos... —dijo el profesor Surrey sonriendo bondadosamente—. Quien me lo proporciona sabe que no hago mal uso de ello.

—Es de suponer.

—Pero vamos a trabajar. No tardará en encontrarse mucho mejor.

Comenzaron a trabajar en algo que Kingsley conocía bien, que había dejado casi resuelto el día anterior.

—Creía que habían terminado esto...

—Era la idea, pero no pudo ser —respondió Surrey sin dejar de trabajar.

A medida que avanzaba en su tarea, Mark se fue sintiendo más descansado. Su inteligencia estaba más clara que nunca y lo mismo le sucedía con su memoria.

El pesimismo en que lo había sumido la llamada telefónica de Karen, así como el cansancio, habían desaparecido.

Llegaron al final de la tarea. Surrey había calculado bastante bien. No habían empleado más de treinta y cinco minutos.

—Gracias, Kingsley. Así lo puedo presentar toda esta noche. Y quedará más tranquilo.

—Lo comprendo, profesor.

Ambos hombres cambiaron un apretón de manos y Mark salió, oyendo que el profesor le decía al salir:

—Puede descansar mañana. Si necesita dos o tres días no vacile en tomárselos...

—Gracias.

Pensó que al día siguiente volvería a trabajar, se encontraba mejor que nunca. Su mente era particularmente la más beneficiada, lo mismo que su memoria. En aquel momento recordaba mucho de todo lo realizado.

Llegó a los controles de salida y hubo de entregar todo lo que era susceptible de guardar algo de interés, como un microfilm, un apunte.

Pasado por el control electrónico, recibió todo que había entregado.

Al principio le había molestado el riguroso control de salida considerándolo como una falta de confianza.

Después se sentía aliviado de que fuese así. Si sucedía algo no podía ser imputable a los hombres que trabajaban en el centro de investigación.

Fue al aparcadero en busca de su automóvil. E in mediatamente inició la marcha al máximo de velocidad permisible. Trataría de ganar todo el tiempo posible y así reduciría el retraso que llevaba, que entre el sueño que había descabezado y el trabajo realizado

bordeaba los cuarenta y cinco minutos.

Pasó por Mineola, en el condado de Nassau, en Long Island.

No tardaría en llegar al Queens, el más grande de los cinco distritos en que se divide Nueva York.

Karen, lo mismo que él, residían en Manhattan. Él vivía en la parte alta de la isla, cerca de Harlem.

Él vivía en la parte baja de la ciudad, en el Greenwich Village.

Mark conducía con mano firme. Y consultaba el reloj con frecuencia.

Se sentía satisfecho porque iba recobrando algo del tiempo empleado con el profesor Surrey.

Entró en Manhattan por la Ciento Veinticinco «Street».

Al fin avistó la casa en donde vivía Karen.

Aparcó el automóvil y corrió hacia ella, dominado por la impaciencia mal contenida hasta entonces.

Se detuvo ante la puerta de la casa.

No se oía el menor ruido en el interior. Iba a llamar cuando se dio cuenta de que la puerta estaba entornada solamente.

Miró hacia la calle mal iluminada. No había policía alguno a la vista.

Dirigió la mirada hacia la casa vecina en donde residía Lianne Serrault, la compañera de Karen. No había luz en ella.

—Karen dijo que Lianne había salido.

Sintió en aquel momento no llevar armas, una simple pistola.

Y sin vacilar ya, empujó la puerta, que cedió suavemente, y entró.

Conocía bien la distribución del apartamento y, aunque no había luz, avanzó con relativa seguridad.

Divisó una luz tenue al final de un pasillo. Correspondía al gabinete en donde Karen hacía la vida. Allí leía y tenía el televisor. Allí estaba también el teléfono.

Avanzó unos pasos y descubrió un pie femenino.

Reconoció uno de los zapatos de Karen y no cabía duda alguna de que ella estaba tendida en el suelo.

Apresuró Mark el paso sin hacer el menor ruido y crispó los puños a la vez que sentía que le invadía un frío intenso.

Llegó a la puerta del gabinete.

Lo que vio encendió en él una cólera fría y en aquel momento se

sintió dispuesto a matar.

Karen yacía en tierra, inmóvil, y tanto su rostro como sus ropas presentaban señales de violencia. Una huella sangrienta le cruzaba la mejilla izquierda y en el límite de la frente parecía que había recibido una herida.

Se inclinó sobre ella de manera instintiva dispuesto a auxiliarla y en el mismo instante sintió que le apoyaban en la cabeza el cañón de una pistola.

Un hombre dijo con voz bronca:

—No te muevas o recibirás más que ella.

Kingsley se dejó caer para salirse de la línea de tiro del arma y se aferró a los tobillos de su oponente al cual sacudió.

Se dio cuenta de que el otro perdía el equilibrio e iniciaba la caída.

Pero el hombre de la voz bronca no estaba solo y su compañero atacó a Mark, el cual recibió un doloroso golpe que lo inmovilizó instantáneamente, aunque no le hizo perder el sentido.

Al golpe en los músculos del cuello siguió un puntapié en el costado derecho.

Y luego una nueva amenaza.

—Estate quieto. Por tu bien y por el de ella. No está más que desmayada. Y si te portas bien no le sucederá nada. No tenemos nada contra ella. Y ni siquiera contra ti...

El primero de los fulanos, el de la voz bronca, se había recuperado rápidamente y asestó a Mark otro puntapié.

—Vamos a tener formalidad, muchacho.

No lo golpearon más, aunque no le trataron con excesiva cortesía.

Lo obligaron a ponerse de pie y lo empujaron hacía afuera.

—Vamos. Nos has hecho aguardar demasiado.

Vio que ni se llevaban a Karen ni se preocupaban de ella y protestó:

—¡No la podemos dejar así! Permitan que la atienda al menos...

—No te preocupes. No tiene casi nada y ella sola se las arreglará. En marcha y sin volver la cabeza atrás, muchacho...

Lo llevaron poco menos que en volandas.

Y una vez en la calle fueron más cautos.

—Un intento de fuga o de llamada, te costaría la piel.

La advertencia fue hecha a la vez que uno de los hombres apoyaba rudamente el cañón de la pistola en uno de los costados del joven.

Otro de los hombres lo sujetaba por un brazo, inmovilizándolo.

A lo lejos le pareció a Mark distinguir a un policía.

—No lo intentes —amenazó uno de los fulanos—. Sería tu muerte y la de ella.

Mark presintió más que vio a otros fulanos que se movían en silencio en la mal iluminada zona.

Lo llevaron hasta su automóvil y uno de los hombres se colocó al volante, mientras el otro se sentó detrás con él.

Iniciaron la marcha.

Y poco después les seguía otro automóvil en el que iban tres individuos de catadura semejante a la de los que habían apresado al joven científico.

CAPÍTULO II

El fulano que se había sentado junto a Mark, y que había dejado de amenazarle con la pistola, le obligó a colocarse unas gafas negras, cubiertas por ambos lados, que le impedían en absoluto la visión.

A pesar de ello, calculando el tiempo que tardaron en cruzar sobre un río, supuso que le llevaban a Bronx tras cruzar sobre el Harlem «river».

El automóvil realizó algunas maniobras bruscas, evitando con ello que Mark pudiese tener idea de por dónde le llevaban.

Y el joven científico llegó a sentirse totalmente desorientado.

—Temo que estáis patinando conmigo —dijo al fin dirigiéndose a su acompañante.

Era el de la voz bronca, el cual dijo:

—Un bonito deporte el patinaje, ¿no? Claro que daría más gusto patinar con la rubia que contigo... Pero uno no puede elegir. Tiene que conformarse con lo que le dan.

—¿Cuánto quieres por dejarme tranquilo? —preguntó el joven.

—Uno tiene su código del honor, aunque sea lo suyo de granuja. Y yo cumplo los compromisos que adquiero.

—El honor también tiene un precio. Pónselo. Te daré tanto como te puedan dar por tu trabajo. Y lo que calcules que vale tu honor.

—Su oferta podría resultar tentadora, míster —respondió el secuestrador sintiendo cierto respeto por Mark—. Pero aquí juega también la piel de uno y ésa no tiene precio, ¿comprende?

—Creo que sí. Tienes miedo a que te maten.

—Acertó, míster. Esta piel que llevo, a pesar de los granos y dos cicatrices, me va bien. Estoy seguro de que no encontraría otra que pudiese remplazarla.

Habló el hombre con voz bronca y un leve acento ironía.

Mark respondió lentamente, como si se lo dijese sí mismo:

—Parece imposible, pero es así; la gente que parece más terrible, suele ser la más cobarde.

—No se pase de rosca, míster. Vamos a ver si nos respetamos. Y ahora será mejor que se ponga una cremallera en la boca y que le eche el cierre.

Calculó Mark que llevaban más de media hora de marcha cuando se detuvo el automóvil.

Seguramente estaba en el límite Norte del Bronx o tal vez éste había quedado atrás.

Los «gangsters» sabían trabajar.

Saltó a tierra el del volante y en la calle se situó cerca de Mark, a la parte contraria del coche.

Los que iban en el coche seguidor tomaron también posiciones, de manera que al joven científico le resultaría imposible todo conato de resistencia.

Entonces el tipo de la voz bronca le ordenó:

—Vamos abajo, míster. Sea buen chico y todo irá bien.

—Gracias por tanta amabilidad.

Se sintió aferrado por uno de los brazos. Y así lo ayudaron a descender del automóvil.

No le habían quitado las gafas.

Caminó poco trecho por la acera.

Recibió la impresión de que entraba en una especie de parque y caminó por una enarenada senda.

Subieron después una escalinata. Contó los escalones: Cinco.

Entraron luego en una casa.

El de la voz bronca cuchicheó con alguien.

Había alfombras bastante espesas, de lo cual dedujo Kingsley que estaba en una casa bien amueblada.

Percibió perfume de flores y más tarde un perfume femenino, aunque no oyó voz femenina alguna.

Lo hicieron andar y dejó de percibir los perfumes de las flores, aunque siguió percibiendo el perfume femenino, que quedó bien grabado en él, en su memoria.

Mezclado con el perfume femenino le llegó un olor propio de una clínica, olor de antiséptico bien conocido.

Mark se sentía sorprendido y desorientado.

De improviso recibió un leve empujón y quedó sentado en un

mueble.

Instantes después, antes de que pudiese reaccionar, lo sujetaban al mueble por medio de correas que lo inmovilizaron por completo.

Pensó que no era el primero que era llevado a aquel lugar.

Y experimentó un vago temor al saberse imposibilitado, más aún cuando llegó al convencimiento de que mermarían sus facultades por medio de una droga.

Antes de que pasaran unos minutos él habría perdido el dominio de su voluntad, lo presentía.

Aunque no le habían quitado las gafas y no podía ver, intuía que estaban haciendo preparativos para inyectarle.

Le desnudaron un brazo tras libertarlo unos momentos de sus ataduras. Instantes después experimentaba el primer pinchazo de la aguja de inyectar.

No tardó en experimentar una extraña sensación de su organismo. A la boca le llegó un sabor extraño.

Tuvo el convencimiento de que le habían inyectado pentotal, el conocido «suero de la verdad».

Intuyó que el trabajo lo había realizado una mujer. Y ella sabía perfectamente su obligación.

Nellie Walton, sobre su traje de calle, vestía una blanca bata de enfermera.

Era morena y muy linda y algunos rasgos típicamente orientales prestaban a su belleza el encanto de lo exótico, un exotismo que tenía bastante de picante.

A pesar de la bata blanca, se advertía que tenía una maravillosa figura. Pierna fina y bien modelada, larga sin exceso, caderas bien formadas y cintura breve y un busto que podía servir de canon de belleza, tanto por sus dimensiones como por lo equilibrado de su distribución.

Sus movimientos resultaban extraños, así como su voz, su expresión, sus ademanes.

Con ella se hallaba un sujeto vestido de manera sobria y cuya edad frisaba en los cuarenta años.

Era alto, apuesto, y su expresión era inteligente y cruel a la vez. Daba la impresión de que dominaba a la joven Nellie con la mirada.

Ambos habían quedado solos en un gabinete de exploración médica situado junto al gabinete de consulta en donde el doctor

Herbert Shisley recibía a algunos de sus pacientes.

Pero el cuarentón, moreno, de anchas espaldas, ligeramente señalado por la viruela, de ojos negros de mirar agudo, no era el doctor Shisley, sino Red Holmes cuya tarjeta profesional decía únicamente: «Agente de negocios». Ello, después del nombre y apellido.

Fumaban en silencio y Red Holmes tenía en la mano un vaso, en el cual se había servido un «manhattan». En un cuarto contiguo, a la vista de ambos, se hallaba Mark Kingsley.

—¿Es que va a tardar mucho en comenzar a hablar? —preguntó Red a la atractiva morena.

Nellie dirigió una mirada a su reloj.

Seguidamente, con su caminar extraño, un tanto felino, llegó hasta donde estaba Kingsley.

Estudió el rostro del joven científico, y luego le alzó un párpado, examinando la córnea.

A continuación, le tomó el pulso y le auscultó brevemente.

Red la había seguido y se había detenido en la puerta del pequeño gabinete.

La morena se volvió para decirle:

—No debes ser impaciente. Hasta dentro de diez minutos, no antes, no le administraré la segunda dosis de penthotal.

Movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—Parece imposible que un hombre de tan buen aspecto sea un indeseable, una persona peligrosa.

—Lo es —contestó escuetamente Red.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Nellie.

—No lo sé. Es cosa de Sullyvan. Ya sabes que él trabajó en el servicio de contraespionaje. Pero cobraba poco y ahora se dedica a trabajos por su cuenta.

Temió que la explicación no resultara convincente para la linda morena y dijo:

—Allí pagan poco. Trabajando por su cuenta gana mucho más.

Nellie hizo un gesto de indiferencia queriendo indicar que aquello no le importaba grandemente.

—¿No se le puede inyectar antes? —preguntó Red.

—No. Podría producirse un «*shock*» y se perdería todo el trabajo. Incluso podría costarle la piel.

Red dominó el gesto de impaciencia.

—¿Crees que hablará? —preguntó.

—Hablará. Responderá a lo que le preguntes. Hablará en exceso... El penthotal suelta la lengua de forma increíble.

—¿Crees que dirá la verdad, únicamente la verdad? Le llaman el «suero de la verdad».

—Lo más probable es que diga la verdad... Lo que sepa.

—Pero no es seguro...

—Seguro, no... El penthotal afecta intensamente en el individuo el núcleo de la vida emocional, hace que pierda el control de sí mismo, de su voluntad. Habla y habla... Normalmente lo que responde es la verdad, aun contra su voluntad, puesto que realmente la voluntad ha quedado dormida por efecto del penthotal.

—Así pues, no es seguro...

—Ya te he dicho lo que hay. No tenemos segura más que la muerte.

—No seas fúnebre. Una chica tan linda como tú... ¿Podrá recordar luego? —preguntó Holmes.

—¿Qué puede importar eso? No creo que recuerde nada...

—No tiene gran importancia; pero prefiero que no recuerde.

Tras un breve silencio, preguntó de repente:

—¿Y no olvidará lo que sabe?

—No. Actúa el subconsciente. No olvidará lo pasado. Sin embargo, es improbable que recuerde luego nada de lo sucedido desde que le inyecté el suero...

Y déjame en paz. Estudia.

—¡Hum! Me gustaría que estuviese aquí Sullyvan... Incluso Ramsay, aunque él no es...

Iba a añadir algo, pero quedó cortado.

—¿No es qué...? —preguntó la chica.

—Yo me entiendo.

Vio que ella iniciaba los preparativos para inyectar la segunda dosis de penthotal y por su parte se puso a hacer los preparativos que le correspondían, para hacer uso de un magnetófono, en cuya cinta tomaría lo que Kingsley hablase.

Nellie inyectó a poco diestramente la segunda dosis de «suero de la verdad».

Minutos después el penthotal, pasando del plasma sanguíneo a la médula cerebral, logró los efectos buscados.

Kingsley sonrió y pronunció palabras ininteligibles.

—¿Cómo te encuentras, querido? —preguntó la chica.

La expresión de Mark era más bien risueña y de hallarse en completo reposo. Y respondió:

—Me encuentro perfectamente, mejor que nunca.

Holmes sonrió satisfecho del resultado e hizo señas a Nellie para que saliese al gabinete de consulta.

—Descansa por si te vuelvo a necesitar.

—Está bien. No quieres que me entere de lo que dices y lo que te responde él... Me tiene sin cuidado.

Y no hace falta que me dores la píldora.

—No seas impulsiva. Es mejor para ti...

—Lo supongo. No me interesan vuestros secretos...

Y ahora, ten cuidado. Si sucede algo anormal, llámame enseguida. Y no le des ni una gota de bebida alcohólica para animarlo.

—¿Por qué?

—Ha tomado un tranquilizante cuya combinación en el organismo con el alcohol puede resultar fatal.

—¡Bah! ¡Tonterías!

—No son tonterías. No es al primero que le cuesta la piel... Al juntarse en el organismo se agrian y se convierten en veneno. Como poco, podría terminar loco.

—Está bien, nena. Yo también estoy loco por ti y no pasa nada...

—No te he oído. Ahí te quedas.

Al salir en dirección al gabinete estuvo a punto de tropezar con un hombre de una edad aproximada a la de Holmes; pero éste era rubio y más recio que Holmes.

Se llamaba Barry Sullyvan y había sido agente de contraespionaje.

Silbó admirativamente al cruzarse con Nellie, a la cual preguntó:

—¿Es que no tienes ninguna noche libre, monada?

Ella respondió con un gesto despectivo.

Salió la linda morena, cerrando la puerta, atravesó una pieza y cerró la segunda puerta para que ellos estuviesen seguros de que no intentaba escuchar.

Holmes saludó al recién llegado:

—Celebro que hayas llegado a tiempo.

—Ha sido difícil, pero lo he conseguido. ¿Cómo va éste?

—Hay que comenzar ya.

—¿Preparado el magnetófono?

—Preparado... Y prefiero que interrogues tú. Conoces mejor la especialidad.

—No te preocupes.

—Procura ser persuasivo al hablar, no lo asustes. Me lo recomendó Nellie.

—No te preocupes. He tratado casos como éste.

Seguidamente el recién llegado se dirigió a Kingsley.

—Estará cansado, ¿verdad? Les exigimos demasiado.

—Nada de cansado. Estoy magníficamente.

—Lo celebro. En cambio el profesor Surrey está agotado.

—¿A pesar del estimulante que toma?

—A pesar de él...

Los dos hombres cambiaron entre sí sendas miradas de entendimiento. El magnetófono comenzaba a funcionar recogiendo lo que se hablaba.

—Tal vez abusa y la anfetamina es peligrosa, lo sé. Primero eleva el tono de la persona, pero luego deprime en exceso...

—Justamente.

—Aparte eso, Surrey tiene ya demasiados años, aunque él se considera un joven.

—Yo lo veo así. Por eso le he ordenado que descanse.

—¿Quién es usted?

—Nuevo. Me llamo Sheldon. Habrá oído hablar de mí...

—Lo recuerdo bien. Tenía otra idea sobre usted...

—Pues soy así... Pero vamos a lo que importa. Hay algunos cálculos equivocados y vamos a comenzar a repasar. Usted tiene una memoria excelente.

—Sí.

—En ese caso, adelante. Nos ahorraremos tener que echar mano al archivo de las diversas memorias. ¿Dispuesto?

—Dispuesto. Aunque hay cosas que no las podré concretar...

—Esas cosas las consultaremos más tarde en los archivos. Y nos ahorraremos una cantidad considerable de trabajo. No es lo mismo

revisar dos fórmulas o tres que tener que revisarlas todas.

—Es cierto.

—Adelante, pues. ¿Pregunto?

—Pregunte... —pidió Kingsley haciendo un esfuerzo de memoria para volver al principio de los trabajos realizados.

CAPÍTULO III

Cuando Mark Kingsley comenzó a adquirir conciencia de sí mismo, se encontró en su automóvil.

Un desconocido conducía y él se hallaba a su lado.

Cuando quiso moverse sintió que le apoyaban el cañón de una pistola en la nuca.

—Quieto y callado —le dijeron.

Era el mismo fulano de la voz bronca que le había apresado, el cual iba en el asiento posterior, vigilándolo.

Experimentó Mark la sensación de que la cabeza le pesaba terriblemente y sentía bastante malestar en todo el cuerpo, particularmente en el estómago y el vientre.

Y le dominaba una sensación de sed espantosa.

—Agua —pidió.

El del volante remedó la voz de Mark, diciendo a su compinche:

—Pide agua...

—Es la resaca y comprendo que pida agua. No se preocupe, míster. Pronto tendrá toda el agua que quiera.

Lo dijo de forma que resultaba escalofriante.

Pensó en la palabra «resaca» que había oído al de la voz bronca. Le costaba trabajo pensar.

—¿Qué habrá sucedido? —se preguntó:

Miró su reloj. No se lo habían quitado. Eran cerca de las cuatro de la madrugada.

Olfateó. Olía a bebida. *Whisky*.

Y era él precisamente quién olía a *whisky*.

¿Habría bebido y no lo recordaba?

Se explicó perfectamente el malestar que sentía, la angustia, la acidez del estómago que daba la sensación de que le quemaba.

Se sobresaltó: ¿Estaría intoxicado?

Recordó la cápsula que le había dado el profesor Surrey y la

recomendación de qué no bebiese ni una gota de alcohol en las horas siguientes.

Y él había bebido. El olor a *whisky* que hacía su ropa, el malestar que sentía, los gases que salían de su estómago por la boca lo decían claro.

¿Quién le había obsequiado con *whisky*? No recordaba nada.

¿Qué había hecho en las últimas horas? No recordaba tampoco nada.

Forzó su memoria, bastante debilitada.

Surrey y su cápsula estimulante. Después, el trabajo.

Había salido en perfectas condiciones del centro de experimentación e investigación tras resolver el arduo trabajo.

Luego había ido a casa de Karen, su rubia.

Dio un respingo. Recordó cómo la había encentrado y que había sido atrapado allí mismo.

—¿Palabra que no le ha sucedido nada a la señorita Stafford? —preguntó girando la cabeza para preguntar al de la voz bronca.

—Palabra. Y ya sabe usted que tenemos nuestro código del «honor» —respondió el de la voz bronca con burlona expresión.

Sintió ganas de propinar un golpe a su aprehensor pero hubo de aguantarse.

Recordó el largo viaje con los secuestradores, viaje que había terminado fuera del Bronx ya, según sus cálculos.

Allí habían entrado en una clínica, posiblemente de un médico particular.

El pinchazo... Luego la pérdida de su conciencia, la nebulosa en su mente que iba desde las últimas horas de la tarde hasta casi las cuatro de la madrugada.

¿Qué había sucedido? ¿Qué habían hecho con él?

Se estremeció al pensarlo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Le extrañó que no le hubiesen puesto las gafas, pues había recordado tal detalle de su primer viaje.

—A descansar... —dijo el de la voz bronca.

Había algo de siniestro en su expresión.

El automóvil se acercaba a la orilla del Hudson a la altura de la Ciento Ochenta y Una «Street».

Percibió la humedad del río y distinguió la silueta majestuosa

del George Washington Bridge.

Detrás de su automóvil, como en el viaje anterior, iba el de los secuestradores.

Y para Mark Kingsley estuvo ya clara la cosa. El final del paseo estaba precisamente en el río, en el mismo lecho del río.

Comprendió en todo su alcance la frase del de la voz bronca: «Pronto tendrá toda el agua que quiera...». Adivinó que los «gangsters» se hallaban en tensión; se acercaba el momento crucial y se alegró de no sentir miedo.

Aquello le permitiría...

El lugar estaba solitario. Buen sitio para asesinar a un hombre sin que nadie se diese cuenta.

Si días más tarde se lograba sacar su cadáver del río, sería una suerte.

¿Y por qué su cadáver? Se sublevó ante tal idea.

Aminoró la velocidad del automóvil, que caminó en dirección al río.

El de la voz bronca abandonó el asiento y se sentó en el estribo del coche tras cerrar la portezuela por donde había salido del vehículo.

Sin embargo, no dejó de mantenerlo encañonado.

Dio una orden al «gángster» que conducía, el cual se colocó también en el estribo, aunque mantenía la portezuela abierta para poder seguir conduciendo.

Los del automóvil seguidor habían detenido su vehículo y apagado las luces.

A Kingsley, condenado a muerte, le era igual morir en el río que fuera de él y se lanzó inesperadamente al ataque.

Se apartó bruscamente agachándose y aferró por la muñeca el brazo armado del fulano de la voz bronca.

Sometió la muñeca a una dolorosa torsión que obligó al granuja a soltar la pistola mientras aullaba de dolor.

Intentó golpear con la izquierda en la nuca de Kingsley, pero una maniobra brusca del automóvil al tratar el conductor de auxiliar a su compinche, hizo saltar al de la voz bronca.

Kingsley, con la lucidez propia del que se sabe perdido, en inferioridad y a merced de sus fuerzas, estiró ambas piernas y sorprendió al del volante, haciéndolo saltar del vehículo.

Con una mano se aferró al volante mientras con la otra se apoderaba de la pistola del de la voz bronca.

Le separaban muy pocos metros de la orilla del río, muy pocos para poder maniobrar y sacarlo de allí dada la velocidad que llevaba.

Y para hacerlo más difícil aún, los del coche seguidor habían comenzado a disparar con sus pistolas provistas de silenciador.

Sintió silbar las balas muy cerca y, a la vez que maniobraba, hizo fuego.

Oyó un gemido de dolor y le pareció observar que el de la voz bronca hacía una crispación con su cuerpo.

El que conducía giraba vertiginosamente para evitar ser víctima de un balazo.

A pesar del esfuerzo que hizo, el automóvil dio un salto en el vacío cuando él iba aún en su interior.

Tuvo la presencia de ánimo suficiente para salir por la portezuela abierta cuando ya el auto estaba a punto de entrar en colisión con el agua.

Se produjo el fuerte chapoteo, se hundió el auto rápidamente y Kingsley experimentó la sensación de que el hueco abierto en el vehículo por la portezuela abierta, lo atraía al llenarse éste de agua.

Hubo de hacer un esfuerzo para no ser arrastrado, separándose de su coche, el cual fue descendiendo una vez lleno de agua, mientras que el hombre logró salir a flote cuando sus pulmones estaban a punto de reventar.

Asomó, y apenas lo hizo sintió que varios proyectiles entraban en el agua cerca de él.

Uno de ellos, perdida ya la fuerza, le rozó en una pierna.

Tomó aire y se hundió con rapidez, ayudado por la pesadez de sus ropas que habían absorbido una cantidad más que regular del líquido elemento.

Había sido un buen atleta en su época de estudiante. Había brillado precisamente como nadador y le resultó fácil desplazarse buceando.

Lo hizo a favor de la corriente, pues estaba bastante agotado y no volvió a asomar a la superficie hasta que no tuvo más remedio.

Fue rápido en tomar aire y volver a sumergirse, maniobra que realizó varias veces consecutivas.

Cuando consideró que se había alejado más de quinientos metros del lugar en donde lo habían intentado asesinar, fue derivando cautamente hacia la orilla, colocándose boca arriba en el agua y ayudándose únicamente de los pies para descansar los brazos.

Cuando logró trepar a tierra descubrió a sus aprehensores que descendían en el automóvil por la orilla del río, barriendo con los haces de luz de los focos tan pronto el agua como los probables puntos de salida a tierra.

Pudo escurrirse a pesar de ello y llegar finalmente hasta uno de los cruces de la West Ciento Cincuenta y Cinco «street».

Una vez allí pudo pillar al vuelo casi un bus, que lo dejó cerca de su apartamento.

Una vez en éste se cambió de ropa rápidamente tras darse una buena ducha.

Y salió, convencido de que los «gangsters» no tardarían en hacerle una visita. Estaba claro que ellos conocían bastante de su vida.

Eran más de las cinco de la mañana.

Había gente que se lanzaba ya a la calle para acudir al trabajo. Y su presencia en la misma no podía extrañar.

Se dirigió a una cabina telefónica bastante alejada de su apartamento y llamó desde ella a Karen.

No le respondieron a pesar de que insistió varias veces.

Y entonces llamó a Lianne Serrault, una linda francesa nacionalizada norteamericana compañera de Karen y, que con ésta, destacaba en el conjunto de baile.

Y tardó en responder Lianne, pero lo hizo al fin con voz somnolienta.

—¿Quién es?

—¿Lianne?

—La misma...

—Perdone que la llame a esta hora interrumpiendo su sueño. Soy Mark Kingsley...

—¿Y qué quiere a estas horas, Mark Kingsley?

Cosa extraña en Lianne, siempre tan dulce al hablar, se mostraba áspera en aquella ocasión.

—He llamado a Karen y no responde. Me llamó ayer cuando

atardecía, tenía miedo. Cuando llegué a su casa la encontré tendida en el suelo y a mí me apresaron...

Lianne cortó el relato para decir con la máxima aspereza:

—¿Qué embustes me está contando? ¿Es que le dura aún la embriaguez? No comprendo cómo no le da vergüenza...

—¿A qué embriaguez se refiere? No me embriago jamás...

—¿Es que va a negar lo que vi con mis propios ojos?

—¿Cuándo me ha visto embriagado?

—¡No hace muchas horas! Y creo que aún le dura... Karen ha hecho perfectamente en largarse y romper con usted... Quién lo iba a pensar en un hombre de su clase... ¡Y es que dan ustedes cada sorpresa!...

—Escuche, Lianne. Temo que está sucediendo algo terrible. Me apresaron anoche, intentaron asesinarme. Vivo por verdadero milagro...

—Es una pena que no lograran terminar con usted.

—Le aseguro que está equivocada. Y a Karen ha debido sucederle algo. La vi tendida en el suelo, herida...

—¿Y eso fue anoche?

—Justamente. Hacía poco más de una hora que había anochecido. Tal vez fuesen las siete y media, a lo sumo las ocho...

—Lo dicho, no se le ha pasado aún la embriaguez... Dejé ayer mañana a Karen en el avión de Los Ángeles, vía Chicago.

—¡No es posible! Ella me llamó alrededor de las cinco y media al Centro de Investigación...

—Mire, déjeme dormir. Ella me ha llamado no hace mucho aún desde Los Ángeles...

—¿Está segura?

—Yo no bebo...

—¿Me permite que vaya a verla, Lianne?

—No. Estoy sola y no quiero hombres en casa a menos que me casara. Y con usted no me casaría por nada del mundo.

—Pero es necesario...

—Conozco ya demasiados trucos. Ponga orden en su vida y no fastidie a los demás... ¡Buenos días!

Cortó la comunicación enhorquillando el aparato y Mark se dio cuenta de que lo había hecho con fuerza.

—Está enfadada... ¿Qué le sucede? Jamás se había portado así

conmigo. Ella me apreciaba y le había dicho a Karen más de una vez que envidiaba su suerte...

Mark enhorquilló el aparato.

Se pasó una mano por la frente, tratando de fijar sus ideas.

A pesar de la ducha, proseguían las molestias, aunque atenuadas.

Pensó en recurrir a algún estimulante que le reanimara.

Y recordó entonces al profesor Surrey.

—Me dijo que no debía probar el alcohol y está claro que me han hecho beber. Afortunadamente, la dosis que él me dio no fue grande. Y luego la otra dosis...

Fue tan grave lo que se le ocurrió que se resistió a seguir pensando.

—Es muy temprano. No puedo molestar a nadie. Ni siquiera sé si me conviene recurrir a la policía.

Recordó a un compañero de Universidad. Había comenzado estudiando Ciencias Físicas y Naturales con él. Pero al hombre le daban más de sí los músculos que el cerebro.

Sus triunfos deportivos en la Universidad habían sido clamorosos. Y sus fracasos como estudiante no habían llegado a tanto, aunque le había faltado poco.

—Acudiré a Fred Dale. En su apartamento tendré un buen refugio ya que de momento resulta peligroso volver al mío...

Fred Dale había dejado los estudios y había entrado en la policía metropolitana.

Pero su carácter inquieto estaba bastante reñido con la disciplina. Y había abandonado la policía para dedicarse por su cuenta a la investigación privada.

No lo pensó más y tomó un taxi, que lo dejó a unos ciento veinte metros de donde vivía su antiguo compañero de estudios.

Subió hasta el apartamento, situado en un tercer piso, y llamó a la puerta.

No oyó ruido alguno en el interior a pesar de sus llamadas insistentes.

Se volvió dispuesto a retirarse y en el mismo momento se abrió la puerta, apareciendo en ella un joven que le encañonó con su pistola, cuya boca de fuego le apoyó a la altura de los riñones.

—Un momento, muchacho. No tan deprisa.

Kingsley levantó las manos y giró luego lentamente.

El de la pistola era desconocido para Kingsley, el cual dijo:

—Seguramente me he equivocado de apartamento. O mi amigo se ha mudado.

—No se ha equivocado de apartamento. Y su amigo no se ha mudado. Pase. Él le está esperando.

—Tendría que ser adivino para saber que he llegado. Hace tiempo que no le veo...

—Entonces le va a costar trabajo reconocerlo —dijo el fulano con cierta sorna.

Luego apremió:

—Vamos, entre...

CAPÍTULO IV

Hizo Kingsley un ademán de indiferencia para dar la impresión de que consideraba que el de la pistola estaba loco.

Y se encaminó hacia el interior.

Cerró el de la pistola la puerta cuando Mark quedó bajo la amenaza de otra pistola que esgrimía un compinche.

Fred Dale estaba en el suelo, de bruces y con la cabeza girada hacia uno de los lados.

Sangraba por la boca, tenía un ojo tumefacto, estaba despeinado y las manos las tenía ligadas a la espalda.

El que había hecho entrar a Kingsley comunicó a su compañero:

—Es su amigo...

El sujeto que se hallaba dentro, de pelo castaño rojizo, ojos claros y tez pálida, y que lucía una cicatriz bastante visible en una comisura de la boca, repitió en tono burlón:

—Es su amigo...

Luego gritó exaltándose:

—¡Es también un hijo de perra!

Desplazó la mano armada para golpear con el cañón de la pistola en la barbilla de Mark, pero éste esquivó con un simple esquince de cintura, haciendo que el otro fallara.

El de la cicatriz se fue hacia adelante y Mark golpeó seco y preciso con el filo de su diestra en el cuello.

Se oyó el leve crujido y el de la cicatriz se fue de bruces rápidamente, como una res apuntillada.

Intuyó Mark que el de la pistola iba a disparar sin miramiento alguno y se dejó caer sobre el trasero, apoyando las manos en el suelo para amortiguar el golpe.

Su movimiento desconcertó al otro, que no llegó a tirar.

Cuando el de la pistola quiso reaccionar, Mark le había hecho una presa de tijeras con ambas piernas.

El hombre perdió el equilibrio, braceó tratando de recobrarlo, pero al final cayó, teniendo que soltar la pistola al caer.

Mark lo soltó rápidamente, pero fue para saltar él y caer sobre los riñones de su enemigo, al cual obsequió con un impresionante pateo.

Gimió el granuja, que finalmente pudo zafarse. Pero fue para recibir en la barbilla un puntapié que lo envió a la región de los sueños.

Mark se apresuró a inutilizarlo atándole las manos a la espalda y trabándole los pies a la altura de los tobillos.

Seguidamente se dispuso a hacer lo propio con el de la cicatriz.

Y pudo comprobar que el hombre estaba muerto.

Experimentó una sacudida y estuvo a punto de echar a correr. Pensó luego en su amigo y decidió que debía quedarse.

—¡Le he roto la columna vertebral!

Seguidamente, a guisa de consuelo se dijo:

—A fin de cuentas me recibió de forma agresiva cuando yo no le había hecho nada.

—A fin de cuentas me recibió de forma agresiva cuando yo no le había hecho nada.

Amordazó al hombre que le había obligado a entrar. Tenía los ojos saltones y, con la boca abierta y el pañuelo saliendo en parte por ella, ofrecía un aspecto cómico.

Había vuelto en sí después del vapuleo, mientras terminaba de atarlo, y miró al joven científico con expresión de susto. Mark lo zarandeó a la vez que le preguntaba:

—¿Estás en condiciones de escucharme?

El de los ojos saltones afirmó con un movimiento de cabeza.

Señaló Mark para el muerto y comunicó al compinche:

—Se te disparó la pistola al caer y lo has matado.

Negó asustado, con un enérgico movimiento de cabeza.

—Sí, lo has matado. Tu carrera terminará en la silla eléctrica y va a ser muy pronto.

Lo volvió a enviar de un golpe a la región de los sueños y comenzó por desatar las manos de la espalda a su amigo Date.

Uno de los brazos cayó inerte. Lo tenía roto.

Dale gimió débilmente.

—Eso es buena señal. Quiere decir que vive. El de la cicatriz

daría algo por poder gemir.

Asistió rápidamente a su antiguo compañero hasta que éste lo reconoció y estuvo en condiciones de hablar.

Cuando lo hizo fue para decir:

—¡Vámonos rápidamente de aquí!

—¿A dónde? No estás en condiciones de moverte hasta que no te hagan una buena cura. Yo no he hecho más que colocarte unas tablillas y el pañuelo para que puedas descansar el brazo.

—Roto, ¿verdad?

—Sí...

—¿Y esos fulanos?

—Uno de ellos muerto de un golpe —respondió Mark.

—¿Lo he matado yo? —preguntó Fred Dale un tanto asombrado.

—No, he sido yo. Me atraparon tontamente...

—¡Diablos! —exclamó asombrado el detective privado.

Añadió:

—No debe extrañarme. Además de buen estudiante eras un formidable deportista...

—Y los he pillado cansados —bromeó Kingsley.

—Pues sí, los has pillado cansados. Me sorprendieron y casi no los he tocado...

—¿Los entrego a la policía?

—¡Ni hablar por ahora! Y vámonos de aquí cuanto antes.

—¿A dónde? Precisamente buscaba refugio...

—Tengo otro apartamento. Me iba a él precisamente para esquivarlos. Y aún me han pillado...

—Primero iremos al médico...

—Que vaya el médico al apartamento.

—¿Y el muerto?

—Lo dejamos aquí por el momento. Veremos si se entrega el asunto a la policía o no...

—¿Y por qué no?

—Se trata de una chica. La asesinarán sin compasión si el caso pasara a manos de la policía... Eso, si no la han asesinado ya, naturalmente —agregó Dale con hondo pesimismo.

—Así pues, el caso no es para tomarlo a broma.

—No.

—Me he quedado sin coche —anunció Mark a su compañero de

Universidad.

—No lo necesitamos. Mi apartamento está en esta misma manzana de casas y podremos llegar a él sin necesidad de salir a la calle.

—¿Cuentas con tu brazo?

—Sí... Resultará difícil, pero podré llegar.

Suspiró Dale y dijo:

—Desde allí podremos vigilar este apartamento. Aunque ignoro si servirá de algo.

—En ese caso, en marcha.

—A estas horas y en esta zona, la gente duerme y no nos verán. No perdamos tiempo. Y asegura bien la puerta por dentro hasta tanto hayamos terminado el traslado —indicó Dale.

Mark despidió al médico, amigo de ambos, en la misma puerta del apartamento de Dale.

—Ya sabes; ni una palabra por el momento. Hay en peligro más de una vida.

—No debéis preocuparos por mí. Conozco demasiadas cosas de esta gentuza para cometer una imprudencia. Sé lo caras que pueden costar.

Cambiaron un apretón de manos y el médico se despidió, repitiendo que volvería por la noche.

Mark volvió junto a Dale.

—¿Qué tal te encuentras?

—Perfectamente. Jack sabe trabajar esto de los huesos... Pero dejemos esto. Es cuestión de tiempo.

—Justo. Tendrás que estarte quieto.

Fred no respondió. Dirigió la mirada a una de las ventanas y dijo a Mark:

—¡Vuelve a mirar! Creo que por fin han acudido...

La ventana a que se había referido Dale estaba entornada de forma que podían dominar desde ella las que correspondían al otro apartamento del detective privado, sin que desde éste les pudiesen ver a ellos.

Tomó Mark los gemelos. Estuvo un par de minutos observando y comunicó al cabo:

—Sí, están allí.

—¿Qué hacen?

—Han entornado la ventana.

—¿Así, pues, no puedes ver al de la cicatriz?

—No se ve; pero está allí, tendido en el mismo sitio en donde lo dejamos. Parece dormir...

—Se lo llevarán. No les conviene que lo encuentre la policía. Casi transigirían con que lo hiciésemos desaparecer nosotros.

—Los seguiré...

—No lo intentes. Es gente que toma muchas precauciones en su trabajo y, mientras tú siguieras a unos, otros te seguirían a ti. Es lo que me sucedió a mí...

—Sin embargo... —objetó Kingsley.

—Déjame estudiar —pidió Fred.

—Ha dicho Jack que descanses, que no te tortures porque será peor, tardarías más en curar.

—No puedo dejar abandonada a esa muchacha.

—¿De qué se trata, Fred?

—Aún no lo sé. La muchacha ha desaparecido. Me encargó su madre del caso...

—¿Y sin saber nada te los has echado ya encima? —preguntó Kingsley.

—Ella se llama Norma Higgins y es la secretaria particular de uno de los altos jefes de la Bolsa...

—¿Trabaja allí mismo?

—Sí.

Dale, tras dar a Kingsley el nombre del jefe de la desaparecida Norma, siguió diciendo:

—Él tiene buenas amistades, conoce muchos secretos que se relacionan con la política internacional...

—Tengo bastantes referencias sobre míster Harper. Interesa la chica por el momento.

—He hablado con el propio míster Harper. Es tal vez la persona más convencida de que la policía no debe actuar.

—¿Por qué cree eso? —preguntó Kingsley.

—Los secuestradores se han dirigido a él por teléfono y lo han advertido.

—¡Ya! ¿Qué ha podido lanzar a esta gente contra ti? —preguntó Mark.

—Comencé a informarme sobre las relaciones que tenía la chica.

—¿A dónde fuiste a parar?

—A nada concreto. Ella parecía un poco desquiciada hasta el punto de que míster Harper le había hablado de concederle un descanso de un mes.

—¿Agotada?

—Parece que sí. Trabajaba bastante, leía demasiado... Le apasionaban las finanzas y la repercusión que tenían sobre la política. Se apasionaba también por los adelantos científicos.

—Suspiró y dijo:

—Si te hubiese conocido, te habría admirado.

—¿Tú la conocías?

—La había visto un par de veces por puro azar. Y conocía a un hermano suyo que fue policía y murió asesinado por los «gangsters» hace un par de años.

¿Sabes si ella se ha hecho ver por algún médico?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Si ella no se encontraba bien, acusaba el cansancio y míster Harper había hablado de darla un descanso, hace suponer que la habrá visto un médico.

Fred admitió con un movimiento afirmativo de cabeza y dijo a continuación:

—Harper le dio una tarjeta para su médico. Pero éste ha dicho que no fue a verlo.

—¿Lo has comprobado?

—Si he de creer a la telefonista, a las enfermeras y al conserje del edificio donde el doctor Ramsay tiene su consulta, la chica no ha ido por allí.

—Sin embargo, su desaparición coincide con el día en que debió visitarlo.

—No. Ella desapareció el día antes. Había pedido día y hora de consulta y le había sido señalado para el siguiente a su desaparición.

—¿Y dices que el médico es el doctor Ramsay?

—Sí, James Ramsay...

—James Ramsay... Aproximadamente de nuestra edad, tal vez un poco mayor.

—Un poco mayor...

—He coincidido con él en varias conferencias científicas. Me lo

presentó alguien... Se apasiona también por los problemas que se refieren al átomo y a los ultrasonidos...

Dale dio una palmada y dijo:

—¡Justo, a los ultrasonidos! Su especialidad son las enfermedades nerviosas...

—Y él está interesado en la aplicación de los ultrasonidos para las intervenciones quirúrgicas en los centros nerviosos cerebrales sin trepanar el cráneo.

—Así es. Tienes buena memoria —alabó Kingsley.

—Memoria... Sí, no me falta. Pero no paso de ahí...

—¿Qué más has conseguido?

—Nada más. Me di cuenta de que me seguían. Luego comenzaron las amenazas y, cuando me disponía a darles esquinazo escondiéndome aquí para luego proseguir la investigación por otra parte, cayeron sobre mí...

—¿Por dónde pensabas proseguir la investigación? —preguntó Kingsley más interesado por momentos.

—No había decidido nada aún. Tenía que estudiar el caso de nuevo, reconsiderar los pasos dados, los informes conseguidos...

Mientras hablaban, ambos dirigían miradas a la ventana del apartamento ocupado por Fred hasta no mucho antes.

La ventana fue abierta de nuevo.

—¿Has visto el cadáver del fulano ese? —preguntó Fred.

—No. Lo han quitado de allí... ¡Suben un mueble que puede ser un armario!

—¿Por ahí detrás?

—Precisamente, por la escalera de emergencia. En realidad no lo suben por ella sino con ayuda de una cuerda que han tendido...

—¿Puede servir para esconder el cuerpo de un hombre?

—Justamente. En realidad es un ataúd disfrazado —confirmó Kingsley.

—Eso significa que desean evitar a toda costa que la policía meta la nariz.

—Sí.

Guardaron silencio.

Al fin Kingsley anunció a su amigo que después de haber tenido un rato el armario arriba, se disponían a bajarlo.

—Con tal de que no se aprovechen para saquear mi

apartamento...

—¿Tienes cosas de interés?

—De interés, no. De algún valor, sí... No, no creo que lo toquen. La posesión de cualquiera de mis cosas puede resultar comprometedora, podría servir para denunciar al que la llevase...

—¡Y lo bajan! —anunció Kingsley.

—Que se lo lleven... Y ahora hablemos de lo tuyo. Hasta ahora solamente hemos hablado de lo mío. Tú buscabas refugio.

—Refugio y orientaciones. Escucha.

Kingsley comenzó el relato de lo sucedido. Dale le pedía aclaraciones de vez en cuando o le hacía objeciones.

CAPÍTULO V

Dale exclamó cuando Mark hubo terminado su relato:

—¡Maldito brazo! Me va a mantener inmovilizado durante días.

—Ya has oído a Jack. Si eres capaz de permanecer quieto hasta que te dé de alta, está seguro de que la soldadura será perfecta. Pero no puede responder si haces alguna tontería.

—Y yo necesito de mis brazos más que de mi cabeza. En realidad no creas que la cabeza me sirve para mucho más que para lucir el sombrero.

—Creo que exageras, ¿no?

—No exagero. Los triunfos que voy teniendo como investigador privado los consigo a fuerza de puños...

Lo dijo con tal expresión que hizo reír a Mark.

—No te rías, es tal como digo. Venzo porque machaco a mis adversarios.

—Pero antes de machacarlos tendrás que descubrirlos y para eso se necesita inteligencia.

—Un mínimo de inteligencia, no vayas a creer. Yo me apoyo en mi instinto, finamente desarrollado, como en los hombres primitivos...

Kingsley volvió a reír.

Dale dijo cuando su amigo hubo callado:

—Tú mismo dijiste algo así un día, cuando estudiábamos prehistoria. Señalabas una serie de cosas bastante originales que luego he visto confirmadas a lo largo de mi carrera como investigador.

Golpeó con la mano sana en el brazo del sillón en donde estaba sentado.

Kingsley preguntó de improviso:

—¿Tu fino instinto no te ha señalado que tal vez nuestras dos historias pueden ser partes de la misma?

—Sí, me lo ha señalado; pero quería que lo dijesees tú, que eres bastante más inteligente que yo.

—¿Para qué crees que me han capturado a mí? —preguntó Kingsley.

—Para sacarte informes que se refieren a los trabajos que estás realizando en el Centro de Investigación.

—Justamente. Y para hacerme hablar me han aplicado el «suero de la verdad». Pero no ha debido ser solamente el penthotal. Yo quedé punto menos que inconsciente en manos de ellos...

—¿Recuerdas que habías tomado antes un estimulante a base de anfetamina? —preguntó Fred.

—Lo recuerdo perfectamente. Pero no es suficiente para que me produjera ese efecto, ni aun como efecto deprimente, secundario... —respondió Kingsley.

—Te golpearon...

—Sí; pero me rehíce... Y entonces experimenté una sensación extraña.

Dale volvió a golpear en el brazo del sillón:

—¡Ya está! ¡Te hipnotizaron aprovechando tu estado! Tu voluntad, prácticamente, no existía, particularmente, tras inyectarte el penthotal. Por tanto, no podías oponerte a que te hipnotizaran...

Kingsley sonrió al escuchar la respuesta y dijo a su amigo:

—¿Ves como no eres tan bruto como dices?

—Bueno, de algo hay que presumir. Y no puedo presumir de supercerebro —respondió Dale modestamente.

Rieron los dos amigos.

—La verdad es que la cosa no es para reír —dijo Kingsley.

—Hay que reír aunque lleve uno las tripas fuera. Siempre impresionas al enemigo. Y ahora que hablamos de enemigos... ¡Saca de ahí a ese hijo de perra que le vamos a ajustar las cuentas!

—Calma. Para romperle unos cuantos huesos siempre hay tiempo —respondió Kingsley—. Vamos con lo que importa.

—Tú dirás.

—Me gustaría saber hasta dónde me han podido sacar, qué es lo que dije bajo los efectos del penthotal, el hipnotismo...

—Y la anfetamina, no la olvides.

—No la olvido. Ni la anfetamina ni al que me la dio.

—¿Sospechas del profesor Surrey?

—Sospecho de todos los que han intervenido más o menos directamente en la cuestión. Ponte en mi caso...

—Me gustaría poder ponerme; pero con mi brazo roto y mis casi negativas cualidades intelectuales, no puedo llegar.

Tras breve pausa prosiguió diciendo Dale:

—Conozco a esta gentuza. Cuando ellos decidieron deshacerse de ti por la vía rápida, es porque te habían estrujado ya bien. No necesitaban más de ti.

—Es lo que ha pensado yo también. Así, pues, tenemos que darnos prisa para evitar que mis informes puedan ser objeto de comercio.

—Iremos todo lo aprisa que podamos. Lo malo es que habrás de luchar prácticamente solo... A menos que prefieras dar cuenta al «F.B.I.» de lo sucedido.

—No me creerían. O me darían crédito a medias y me tendrían en cuarentena, haciéndome perder un tiempo precioso.

—Estamos de acuerdo. Además, sería tanto como avisar a nuestros enemigos... ¿Más coincidencias? —preguntó Dale.

—Más coincidencias entre las dos historias. Un médico, Ramsay, en una. La clínica de un médico que no sé quién es, en otra...

—Norman Higgings —observó Dale a su vez— está bastante informada de todo lo que se refiere a los progresos científicos que se realizan, en donde se logran adelantos y en donde no. Tú eres un hombre representativo en ese sentido.

—¿Quieres decir que ella les ha podido orientar en su búsqueda?

—¿Y por qué no? Ella tiene afición a todos esos estudios que se refieren al átomo y los ultrasonidos —respondió Dale.

—Y Ramsay está interesado también en los progresos de la aplicación de los ultrasonidos. Naturalmente, él trata de encontrarles la aplicación para el bien de la Humanidad, para curar a sus enfermos.

En la expresión de Kingsley campeaba la ironía.

—¿Es que sospechas de él?

—Cuando me has preguntado algo semejante referente al profesor Surrey, te he dicho que sospecho de todos. No creerás que bestiales «gangsters» como los que nos han atacado, como los que dan la cara en todos estos asuntos, son los que negocian con los secretos científicos que logran sorprender o robar.

—Tienes razón.

Tras un breve silencio, preguntó Kingsley:

—¿Quién puede ser el otro médico?

—Me gustaría poder responderte.

—Se trata de un médico cuya clínica debe estar situada en la pista que va a Yonkers. Tal vez está en el mismo Bronx o a unas millas de éste...

—O en una calle o una avenida que no es la que tú dices. Y puede que ni siquiera esté en el Bronx, sino en Queens. Cuando le privan a uno de la visión y maniobran un poco, es muy fácil desorientarse.

—Es cierto —admitió Kingsley.

Se sintió desorientado, perdido en el caos que formaban las dos historias que tal vez enlazaban o tal vez no; y en las que quedaban tantos lazos por anudar.

Dale insistió golpeando con su mano derecha, la que podía emplear, en el brazo del sillón.

—Créeme, Mark. Debemos ajustarle las cuentas a ese fulano.

—No me gusta torturar a la gente, no sirvo para eso...

—Ellos te destrozarán si caes en sus manos.

—De acuerdo. Ellos son unos criminales, pero yo no lo soy.

—Y así te luce el pelo...

—Les he dado lo suyo cuando hemos luchado, ¿no? He matado dos hombres en lucha y no me pesa. Pero no puedo zurrarles a sangre fría.

—¿Piensas en ese secreto que puede salir de nuestro país? Tú sabes mejor que nadie el daño que puede hacer si cae en manos enemigas.

—Tienes razón... Pero ya te he dicho que siempre estaremos a punto de machacar a ese desgraciado. Porque estos fulanos no dejan de ser eso, unos desgraciados que sirven de fuerza de choque del Crimen, S. A.

—Harías un buen literato, Mark. Pero no sirves para la lucha...

—Dejemos eso y vamos a lo positivo.

—Estamos detenidos ante una pared que parece infranqueable. La solución está ahí —señaló Dale, girando la cabeza en dirección a la pequeña pieza en que estaba el «gángster» aprisionado.

Kingsley, como si no hubiese oído, preguntó a Fred:

—¿No conoces ningún investigador privado que pueda ayudarme ya que tú estás inmovilizado aquí?

—Te costaría un montón de dólares y podrían complicarse las cosas.

—Tratándose de una cosa así no me importan los dólares. Y sabiéndolo conducir no tienen por qué complicarse las cosas.

—Tienes razón. ¿Qué quieres saber?

—Bastantes cosas. Primera, conocer los posibles ingresos y los gastos de Ramsay...

—Harías un buen sabueso —observó Fred.

—Algo semejante con relación al profesor Surrey.

—De acuerdo.

—Lo mismo en lo que a Norma Higgins se refiere —fueron las sorprendentes palabras de Kingsley, que siguieron a las que Fred había encontrado razonables.

—¿Es que sospechas de ella? Está secuestrada y a punto de ser asesinada. Eso, si no la han matado ya.

—Puede estar secuestrada, corriendo realmente un peligro de muerte. Y puede ser también que sea una simple coartada para cubrirse...

Dale, reflejó viva, sorpresa en su mirada. Y dijo con voz apagada:

—¡Diablos! Lo haces pensar a uno. Yo habría puesto la mano en el fuego por ella.

—Yo no. Todo investigador debe ser desconfiado, particularmente los investigadores que tratan con seres vivos, aunque éstos pertenezcan al primer escalón de la escala zoológica.

—Me has dejado anonadado —confesó Dale un poco en broma.

—¿Conoces el hombre que necesito?

—Sí. Se trata de una agencia que dispone de gente sana y eficiente. Yo me encargaré de tratar con su jefe.

—No hay más que hablar en ese sentido. Quiero que trabajen bien y rápido.

—Lo harán, general —bromeó Dale.

—Y otra cosa aún. Me tienen que localizar una clínica médica que debe estar instalada en una especie de villa rodeada de un parque de senda enarenada. La escalinata de acceso a ella tiene cinco escalones.

—Las hay a montones así.

—De acuerdo —admitió Kingsley—. Pero deben comenzar por eliminar a las que no tengan clínica médica montada.

—Ya es bastante.

—Eliminarán también aquéllas cuya escalinata no tenga precisamente cinco escalones.

—Eso también ayudará.

—Deberá estar situada en la pista que va a Yonkers o sus inmediaciones, en el límite de Bronx, tal vez de ocho a diez millas más allá.

Tras un breve silencio, dijo Dale:

—Espero que la suerte se ponga a nuestro lado. La necesitamos. La verdad es que los comienzos no han sido buenos...

Señalo su brazo izquierdo roto.

—Ni tampoco malos. Te podían haber matado. Han podido matarme a mí. Y, sin embargo, estamos vivos y en disposición de dar bastante guerra.

—Me gusta que seas optimista. No pareces un científico; al menos no correspondes a la imagen que me había forjado de ellos.

—Cada uno de nosotros es diferente de los demás. El auténtico científico, como todo hombre que destaca en una actividad, tiene una personalidad definida y muy personal.

—Es verdad. Yo mismo soy diferente de los otros. Ellos piensan y golpean. Yo golpeo y pienso.

Río su frase y luego preguntó:

—¿Qué trabajo te reservas tú?

—Quisiera ponerme en contacto con Karen. Y a lo que sé, no va a resultar fácil.

—¿Tenías noticias de que ella pensaba marchar a Los Ángeles?

—Ninguna.

—¿Cómo pudiste verla tendida en el suelo, herida si ella estaba ya en Los Ángeles o camino de tal ciudad?

—Ésa es una de las cosas que debo averiguar.

—¿Crees que esa Lianne ha sido sincera? —preguntó Dale.

—Cuando se trata de un asunto de la gravedad del que llevamos entre manos, no podemos juiciosamente creer en la sinceridad o en la insinceridad de nadie hasta que una cosa u otra no esté probada.

—Respiro tranquilo. Parece que los encantos de la tal Lianne no

te han hecho perder la cabeza.

—Seguro que no. Además, estaba y estoy enamorado de Karen. Aunque su conducta en esta ocasión me disgusta, en el supuesto de que sea cierto lo que ha dicho Lianne.

—¿Te refieres a su inexplicable fuga a Los Ángeles?

—Precisamente.

—Tal vez no seas tú el hombre de sus sueños y se ha dado cuenta ahora. En ocasiones la ambición ciega a las mujeres. Pensó que a tu lado tendría una posición envidiable y pospuso su ambición al sentimiento amoroso...

—No me haces mucho favor...

—Hay que ver las cosas descarnadamente. Acaso ella se creyó realmente enamorada de ti y después se ha dado cuenta de que no hay tal cosa.

—Tal vez... Si no era ella, ¿quién era la que estaba tendida en el suelo, en su apartamento? No, no vi visiones, no fue un sueño. Fue allí en donde me secuestraron. Y lo extraño comienza después...

CAPÍTULO VI

Kingsley, que había variado de peinado y procurado variar su aspecto corriente con algunos cambios y retoques y que, finalmente, se había cubierto los ojos y casi media cara con grandes gafas de sol, sorprendió a la francesa Liarme en el momento en que se disponía a hacer su cotidiano desayuno en un «*Snack bar*» próximo a su domicilio.

La francesa quiso levantarse y abandonarlo todo, pero Mark, suavemente, la sujetó por la muñeca y dijo:

—No, por favor. Le aseguro que mi vida corre peligro. Tal vez también corre peligro la de Karen.

Su acento reflejaba tal verdad, que llegó a impresionar a la bailarina, que no intentó huir ya.

—¿Me permite que me siente? También yo tengo apetito y puedo acompañarla en su desayuno.

—Está bien. Puede acompañarme.

—Gracias.

Mark se sirvió personalmente y fue con su bandeja a sentarse junto a la bailarina, que lo había observado atentamente.

El comenzó sin preámbulo alguno:

—Aunque no lo crea, me secuestraron anoche. Y me inyectaron una droga, contra mi voluntad, naturalmente. Después, ignoro lo que pudo haber sucedido...

Siguió un silencio.

Lianne le miró con expresión que reflejaba la desconfianza que sentía.

—Previamente, por una necesidad de mi trabajo, me habían dado un estimulante que está contraindicado con las bebidas alcohólicas. Y es posible que luego me obligasen a beber con la sana intención de aniquilarme.

—¿Es posible todo eso? —preguntó Lianne al fin.

—Hay más aún. No puedo asegurarlo, pero es muy probable que me hipnotizaran mientras estaba bajo los efectos del penthotal...

—¿Qué buscaban ellos?

—Precisamente ayer di los últimos toques a algo de mucha importancia en el campo científico. Tal vez Karen le ha dicho alguna vez que estoy especializado en el estudio de los ultrasonidos y sus aplicaciones prácticas.

—Creo que me habló una vez de usted en ese sentido.

—Lo que terminé ayer tiene mucha importancia. Varias potencias extranjeras darían mucho dinero, tal vez millones de dólares, por poseer lo que hoy es aún un secreto...

Añadió con amargura, rectificando:

—Mejor dicho, lo que ayer era un secreto. Tal vez anoche dejó de serlo.

Había tal sinceridad que Lianne se rindió y dije:

—Le creo. Pregunte lo que sea; cuando me llamó antes estaba aún bajo los efectos de la penosa impresión que me había causado usted cuando lo vi embriagado. Luego me arrepentí de haberle tratado como lo hice.

—Gracias... ¿Iba solo? —preguntó el joven.

—¿De verdad lo ignora?

—De verdad. Desde que me inyectaron el penthotal hasta que desperté entre asesinos, aproximadamente a las cuatro de la mañana, ignoro lo que pudo suceder.

—Penthotal, asesinos... —murmuró la francesa.

—Después que usted me vio intentaron asesinarme alevosamente. Fue alrededor de las cuatro de la mañana...

Kingsley refirió a la chica lo sucedido.

Ella dijo en tono de comentario:

—Es lo que me asusta de Nueva York, el bestial «gangsterismo», que no vacila ni retrocede ante nada.

—Tal vez no eran las nueve cuando perdí la noción de mi personalidad —dijo Mark—. Y eran cerca de las cuatro cuando la recobré. ¿Qué sucedió en ese tiempo? ¿Cuándo me vio?

—Entre dos y media y tres de la mañana. Usted bailaba con una chica en «Muñecas». Y apestaba a alcohol. Me quedé mirándole y entonces pensé que había fingido no conocerme.

—¿La miré?

—Sí.

—Resulta extraño. ¿Mucho tiempo?

—Se marcharon ustedes enseguida. Ella le arrastró, como si temiera que lo secuestraran... Quince minutos más tarde les vi salir del «Club 21».

—¿Íbamos solos? —preguntó Kingsley.

—No vi a nadie con usted. Aunque no tendría nada de particular que les siguieran. Había bastante movimiento de gente.

—¿Cómo era mi acompañante?

—Morena, muy linda, muy atractiva. Una bella figura. Comprendo que un hombre pierda por ella la noción del tiempo y del espacio —añadió la francesa con amargo humorismo.

—No es ese mi caso, No sé quién es, no la recuerdo.

—Ella tiene bellos rasgos orientales que dan un no sé qué de exótico a su persona. Sus movimientos resultaban felinos y marchaba muy pegada a usted, dando la sensación de que iba soldada, de que no se podía separar.

—¿Ella también iba bebida?

—¿Quiere decir embriagada?

—Sí.

—No me lo pareció, aunque su forma de conducirse no era muy normal...

Tras corta pausa, dijo Lianne:

—Uno de los muchachos del conjunto, que nos acompañaba, observó que ella debía ir «dopada». Quiso decir que debía haber tomado algún estupefaciente.

—La he entendido... ¿Quiere describírmela lo mejor que pueda?

La linda francesa hizo lo que Kingsley le pedía.

Él dijo a continuación:

—Es difícil encontrar una mujer en Nueva Yod cuando no se sabe quién es, en dónde vive ni cuál es su actividad; pero tengo que buscarla.

—Me gustaría poder ayudarle...

—La creo. Me ha ayudado bastante...

—Sé que no es una gran ayuda. Si la volviese a ver, trataría de averiguar de ella algún dato que pudiese servirle a usted.

—Gracias. Estoy seguro de que lo hará. Lo malo es que no puedo volver por ahora a mi apartamento...

—Usted conoce las horas en que normalmente estoy en casa. Puede telefonarme.

—Gracias... Y ahora, ¿tiene inconveniente en que hablemos de Karen?

—La verdad es que no resulta muy agradable dado el sesgo que toman las cosas; pero si usted lo considera necesario...

—Sí, lo considero necesario.

—Dígame...

—Usted la acompañó al aeropuerto ayer por la mañana.

Sí. Y la dejé en el avión de Los Ángeles vía Chicago. Lo vi despegar; así pues, no hay duda de que partió.

—Ella estaba quejosa conmigo...

—Sí. Me dijo que lo notaba frío con ella, que parecía querer romper el compromiso matrimonial. Y me dijo también que le habían dicho que usted tenía una amiga con la cual salía a divertirse...

—Y las señas de esa amiga coincidían con las de la chica de anoche.

—Sí.

—Es como para volverse loco... Yo, una vez acompañé a Karen a su apartamento, me voy al mío sin entretenerme en ningún sitio. No suelo beber y trabajo mucho. Entro temprano a trabajar. Necesito descansar...

—Ahora que le escucho a usted, le comprendo y le creo.

Hizo una pausa la chica y prosiguió diciendo:

—Cuando la oía a ella, le odiaba a usted.

—¿Ella era sincera, Lianne? Ustedes, las mujeres, se comprenden mejor.

—Ella es un poco rara; pero me parecía sincera. No se puede decir que estuviese desesperada; pero parecía desolada. Y sobre todo, estaba su amor propio herido.

—No tenía razón...

—Le comprendo —admitió la francesa.

—¿Ha ido a Los Ángeles contratada?

—Ella me ha dicho que sí; pero yo creo que va a la aventura.

—¿Le había hablado de irse?

—Hace una corta temporada que parecía una especie de obsesión para ella.

—¿Coincidió con sus acusaciones contra mí?

—Aproximadamente...

—¿Le dijo ella alguna vez que me había visto?

—No. Se lo habían dicho.

—¿Quién...?

—Lo ignoro. Nunca concretó...

Tras otra pausa preguntó Kingsley:

—¿Y ella le ha llamado esta mañana desde Los Ángeles?

—Sí. Al marchar me dijo que lo haría y lo ha cumplido. Dice que está encantada; y que tan pronto pueda me llevará con ella.

—Sin embargo, anoche era ella...

—¿No se habrá confundido?

—No puedo confundirme. No es fácil que un hombre que quiere a una mujer, que la conoce bien, se confunda. Además, cuando me llamó al Centro, era su voz, inconfundible para mí.

—La verdad es que su voz resulta inconfundible —admitió Lianne.

—Si ella volviese a llamarle, díglele que me han asesinado. Hágame ese favor. Y observe su reacción...

—No sé si seré capaz...

—Tiene razón. No debo pedirle tal cosa.

Mientras hablaban habían ido dando fin a lo que se habían servido.

—Puede decirle la verdad, que intentaron asesinarme, pero que me he salvado.

—Es mejor.

—La llamaré por teléfono, Lianne. Ahora debo irme. A un buen amigo le han roto un brazo y debo resolver su trabajo y el mío. Nada fácil.

—¿En el laboratorio?

—No. En nuestra labor de investigación policial. Él es detective privado y un excelente muchacho. Algún día se lo presentaré.

Le repitió las gracias, le estrechó la mano que ella le tendió y se despidieron.

Cuando Kingsley se reunió con Dale en el apartamento de éste, el detective privado se hallaba un tanto despeinado.

Había cierto desorden en la habitación donde se hallaba y el suelo ofrecía huellas de haber sido limpiado recientemente en

algunos lugares.

Dale sonreía con expresión de alegre travesura.

—¿Buenas noticias? —preguntó Kingsley.

—Uno de los hombres localizó nada menos que siete clínicas en la zona que señalaste y que respondían a los datos que tú habías facilitado.

—No son muchas. El proceso de eliminación de las seis que sobran, no tiene por qué ser largo.

—Ya está hecho...

—¡No me digas!

—Pues sí. Me aburría, saqué a ese fulano de ahí y le interrogué pacientemente —dijo Fred con sorna.

—Se nota que fue un paciente interrogatorio. Paciente y hábil.

—Sí. A veces pienso que no soy tan bruto como dice la gente, que ha terminado por crear en mí un complejo de hombre primitivo.

Kingsley río.

—Total. Ya sé en dónde estuviste anoche...

—¡Magnífico! ¿No se habrá equivocado el fulano?

—Se equivocó dos veces. Pero yo tengo paciencia, ya te lo he dicho. Y cuando comprendió que el hecho vital de dejar de respirar era inminente para él, acertó.

—Está bien. ¿Señas?

El detective privado tenía al alcance de su mano un plano de la parte norte de Manhattan y que abarcaba también el Bronx. Y señaló:

—Ahí mismo, en la pista de Yonkers. No lograron desorientarte.

—Tal vez no lo intentaron siquiera. Está claro que habían decidido suprimirme después de exhibirme por ahí en forma poco decorosa y que justificase un posterior accidente.

Dale abrió mucho los ojos, mostrando su sorpresa.

Y Mark le refirió lo que Lianne había visto.

—¡Diablos! Esa gente es muy hábil —dijo cuando Mark hubo terminado.

—Es bastante sutil. No se trata de una banda de «gangsters» cualquiera.

—Cierto que no —admitió Dale.

—Por cierto, he prometido a Lianne que te presentaré a ella.

Una chica agradable, de las que te gustan a ti...

—De acuerdo... Pero vamos a esto que es lo que nos interesa ahora. Las chicas te llevarán de cabeza, científico.

Dale señaló en el plano y dijo:

—Es ahí mismo. Se trata de un grupo de lindas villas rodeadas de un pequeño jardín. Ésa está separada de las demás. A la otra parte y más adelante hay una gasolinera y dos establecimientos de los que se surten los de las villas.

—¿Nombre del médico?

—Él lo ignoraba. Pero cuando me dijo de qué villa se trataba yo lo supe ya. Doctor Herbert J. Shisley.

—¿Enfermedades nerviosas también? —preguntó Kingsley presintiendo la respuesta.

—Neurocirujano de la más moderna escuela, exactamente lo mismo que Ramsay.

—¿Amigos?

—La impresión que tengo es de que no se pueden ver el uno al otro.

—¿Algún, dato más?

—Aún no. Están buscando pacientemente... Bueno hay un dato que yo olvidaba en este momento.

—¿Y es?

—El profesor Surrey tiene amistad con el doctor Ramsay. O a la inversa. Ramsay ha acudido a cuantas conferencias científicas ha pronunciado Surrey. Y éste le ha dedicado uno de sus libros de divulgación.

—Eso es muy poco, pero es algo.

Kingsley, seguidamente, hizo un relato a su amigo de lo que Lianne le había referido con relación a Karen.

Entre los dos amigos consultaron entonces horario de salida y llegada de aviones de la línea empleada por Karen.

Y Kingsley dictaminó finalmente:

—Ella pudo ir a Chicago, regresar, llamarme y representar su comedia, porque en tal caso se trata de una comedia, y volver a salir para Chicago y seguir luego en dirección a Los Ángeles.

—Y llegar allí a tiempo de llamar por teléfono a Lianne —señaló Dale.

—Con el tiempo justo; pero tuvo tiempo.

—¿Quieres que la busquemos? —pidió Dale.

—Es necesario que la encontremos. Pero ella no debe pensar que yo sospecho nada.

—No te preocupes. Tengo un buen corresponsal en Los Ángeles. Más sutil y más inteligente que yo. Y otro en Chicago. Tendremos los informes que necesitas.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Buscar a esa jovencita que me exhibió embriagado por el corazón de Broadway.

—Es una idea. Y mientras, iremos completando informes de los que nos interesan —admitió Dale.

—¿Qué piensas hacer con nuestro prisionero?

—Por el momento, ahí está bien. Después del interrogatorio le he dado algo de comer, ha cumplido sus deberes con la higiene y lo volví a amarrar. Soy más bien considerado con mis enemigos —subrayó Dale con una sonrisa irónica.

CAPÍTULO VII

Kingsley sometió a estrecha vigilancia la clínica del doctor Herbert J. Shisley en la pista de Yonkers.

Durante las primeras horas de la tarde consideró que el movimiento en la misma era normal.

Trató de averiguar quién era la persona encargada de abrir la puerta a los pacientes.

Adquirió el convencimiento de que la persona pertenecía al género femenino y también que era joven. Pero sus averiguaciones no pasaron de ahí.

A la hora de la merienda salieron de casa del doctor Shisley dos empleados, jóvenes ambos. Una chica rubia y un joven corpulento, con más aspecto de deportista que de sanitario.

Entraron ambos en el bar, permanecieron en él veinte minutos escasos merendando y regresaron luego a la clínica.

El joven de aspecto deportista decía a la rubia en el escaso tiempo en que Kingsley logró escuchar su conversación:

—Te aseguro que iba con un tipo que casi se caía de embriagado que iba. Ella me vio, pero no me quiso conocer. Se pegaba a él como una lapa y también llevaba lo suyo entre pecho y espalda...

—Casi no puedo creer una cosa así en Nellie —dijo la rubia.

—Para que te fíes de las apariencias. No me extraña que hoy esté pálida y sin ganas de nada.

El joven añadió en tono picaresco:

—El fulano era grandote, tanto o más que yo. Y la habrá dejado rendida...

—¡Cuidado que eres bestia! —exclamó la rubia.

—Es que tú no lo has interpretado bien... —respondió el joven.

Kingsley no pudo oír más; pero llegó al convencimiento de que se habían referido a él y a su atractiva acompañante de rasgos orientales, según la descripción que de ella había hecho Lianne.

El joven científico, durante el tiempo que llevaba vigilando no había estado demasiado rato en ningún lugar para no llamar la atención hacia su persona.

Decidió entrar en el bar pensando que su acompañante de la noche anterior podía ir a merendar, como habían hecho los otros.

Por lo que había oído a la rubia, sabía que su acompañante se llamaba Nellie.

Y Kingsley no tardó en ver entrar a Nellie en el bar.

Al contrario que la rubia, Nellie iba sola. Caminaba con su leve y gracioso contoneo, llegó hasta la barra y tomó asiento en una de las altas banquetas, no lejos de donde se hallaba Kingsley.

La linda morena daba la sensación de hallarse cansada.

Kingsley tuvo claro que la descripción que Lianne había hecho de ella había sido magnífica, exacta.

Pidió Nellie una merienda ligera y permaneció silenciosa, mirando al techo mientras le servían, dando la impresión de que sí se había dado cuenta de la presencia de Kingsley, no lo había reconocido.

Entró un grupo de camioneros un tanto alborotadores que ocuparon hasta donde estaba Kingsley y les faltaron sitios. El científico, de manera normal, cedió terreno, acercándose a Nellie, a la que en el primer momento fingió no ver.

Dos de los camioneros silbaron admirativamente.

Nellie fingió ignorar que el silbido iba por ella y los dos hombres, requeridos por sus compañeros, la dejaron tranquila.

Los hombres bebieron y se largaron rápidos, quedando solos Nellie y Mark, el uno junto al otro.

El que servía a la barra, un muchacho joven, fue a charlar con la chica que preparaba las cosas en la cocina.

Era el momento adecuado para Mark, que se dirigió a la linda morena.

—¿Qué hay, Nellie? Buenas tardes.

Ella experimentó cierto sobresalto y lo miró como si en aquel momento se diese cuenta de que él estaba allí.

No dijo nada Nellie, aunque masticó más deprisa, para abreviar.

—Está bien que no se quisiera enterar de que el silbido de esos hombres iba por usted; pero no está ni medio bien que finja no reconocerme.

—No finjo nada. Y déjeme en paz.

—Sin embargo, usted, anoche, me inyectó penthotal. ¿Qué sucedería si yo la acusase ante la policía?

La linda morena le miró con expresión que reflejaba estupor y quedó con la boca abierta, dejando de masticar.

El siguió:

—Sus amigos fallaron cuando intentaron asesinar me y pude escapar, aunque me di un buen remojón. He cambiado un poco mi fisonomía y me he colocado las gafas oscuras para que me sirvieran como antifaz. No me gusta arriesgar más de lo necesario.

Hablaba Kingsley seriamente hasta el punto de que logró impresionar a Nellie, quien lo miró como si quisiera recordar.

Al fin dijo ella:

—Creo que está usted como para que lo vea el doctor. ¿Acaso ha sido cliente suyo?

—De loco, nada. Si he sido cliente del doctor debe saberlo usted mejor que yo. Me trajeron a la fuerza...

—No le conozco para nada. ¿Por qué no me deja tranquila?

—Haga un esfuerzo, recuerde —dijo Kingsley.

Movió ella la cabeza en sentido negativo y dijo:

—Conozco demasiados trucos de los que emplean los hombres para acercarse a las chicas. El suyo no es de los más gastados...

—¿Cómo se llama ese enfermero que acompañaba a la rubia? —preguntó inesperadamente Kingsley.

—No se puede decir que sea un simple enfermero. Está haciendo prácticas. Se llama Chester Smith —respondió Nellie sorprendida.

—¿Por qué no le llama por teléfono? Que haga el favor de venir...

—¿Qué está tramando? —preguntó la morena, desconcertada.

—Nada. Chester Smith le diría a usted que nos vio juntos anoche. Y que usted no lo quiso conocer.

Enrojeció Nellie, la cual, asustada ya, respondió:

—¡Eso es absurdo!

—No fue él la única persona que nos vio. Una de ellas me conoce a mí...

—Déjese de tonterías.

—Si usted actúa de buena fe como parece, piense en que forzosamente hubo anoche una laguna en su vida. Usted sabrá el

tiempo que pudo durar; aunque tal vez lo ignore.

—Créame, vaya a un psiquiatra.

—Mi laguna se inicia cuando entré en esa clínica, tal vez serían las nueve de la noche. ¿Estaba usted de guardia?

Palideció Nellie que respondió:

—Estaba de guardia, sí.

—O es usted cómplice de ellos o necesariamente tiene que existir esa laguna... La mía comenzó a esa hora aproximadamente, al entrar en esa clínica. Y terminó poco antes de las cuatro, cuando se disponían a asesinarme.

—Si no me deja tranquila llamaré a la policía.

—Sería un error por su parte. Hay más de una vida en peligro y no crea que bromeo...

Nellie no respondió, guardando obstinado silencio. Permaneció pensativa, masticando lenta y maquinalmente a la vez que miraba al suelo como atraída irresistiblemente por las puntas de sus zapatos.

—Yo comienzo a recordar perfectamente su perfume. Destacaba entre el olor a antisépticos de la clínica. Fue la última sensación agradable al experimentar el pinchazo que me dejó fuera de combate. ¿Por qué no hace memoria usted también?

—¡Déjeme en paz! —dijo Nellie en súbita reacción, disponiéndose a bajar.

—No tenga prisa. Ahora sé lo bastante como para no reparar en llegar hasta la policía. Chester Smith será el primero en declarar que nos vio juntos. Y era bastante tarde ya. O temprano, si lo prefiere usted.

Habían terminado ambos la merienda.

Pagó Mark lo que hablan gastado los dos. Y él propuso:

—Si salimos por la parte trasera será mejor. Allí espera mi coche. ¿Tiene idea ya de esa laguna de dos o tres horas que necesariamente tiene que haber en su vida de anoche?

—¿Quién es usted? —preguntó Nellie.

—Me llamo Mark Kingsley. Soy un físico con cierto renombre ya, a pesar de mi juventud. Estoy especializado en ondas ultrasónicas, aunque he trabajado también en un laboratorio atómico en Nuevo México.

El joven sacó un carnet profesional y una tarjeta de visita.

Recobró el primero cuando ella lo hubo mirado y le indicó con la mirada que se podía quedar la segunda.

—¿Duda usted? —preguntó Mark.

—No sé qué decirle...

—Entonces no diga nada. Es que duda. ¿Confía en Chester Smith?

—Es un poco estúpido, pero se puede confiar en él.

—¿No lo vio anoche?

—No.

—¿Creerá lo que él le diga?

—Sí, lo creeré...

—Entonces haga el favor de llamarlo por teléfono, que se acerque un momento...

—Él ha cumplido ya su media hora libre y no le permitirán salir. ¡Y yo misma debo irme ya! —exclamó consultando su reloj.

—Hemos quedado en que vendrá usted conmigo. ¿Llama a Smith?

Tras un breve lapso de vacilación, movió Nellie negativamente la cabeza y respondió:

—No es necesario. Vamos. ¿A la policía?

—Tenemos tiempo de ir a la policía. Prefiero que hablemos antes con tranquilidad.

Ella volvió a su mirada de desconfianza. Y Mark se apresuró a decir:

—Para su seguridad, puede elegir un lugar público, conocido de usted, que le merezca confianza. Conviene que no sea cerca de este lugar y que podamos charlar tranquilamente.

Recibió Mark la impresión de que se disipaban las dudas de la linda morena, a la que encontraba fuertemente atractiva.

Ella miró de improviso para la puerta de la clínica, en la que había aparecido Red Holmes.

El semblante de Nellie reflejó angustia.

—¡Me están buscando! Tengo que volver a la clínica. Nos veremos...

Trató de salir corriendo, pero Mark la aferró por una muñeca y ordenó:

—¡Quieta aquí! ¿Ese miedo es por él?

—Bien, no es miedo...

—Se le parece bastante. ¿Quién es?

—Red Holmes...

—Pensé que podía ser el doctor Shisley...

—No. Es Red... ¡Y me busca!

—Si tanto miedo le tiene, vamos ya. Una vez en el coche me dirá por qué lugar se ha decidido.

Tiró de la joven, que se dejó llevar con cierta resignación.

Ella volvió la cabeza atrás en el momento en que perdía de vista a Holmes, el cual había fijado su mirada en la entrada del bar.

—No tema. Él no puede habernos visto. Hay poca luz ahí dentro...

Una vez en el automóvil y el motor de éste en marcha, dijo Nellie:

—A fin de cuentas soy ya mayor de edad. Y no veo por qué el tal Holmes se ha de imponer...

—¿Qué hace ahí él?

—Es una especie de administrador. El doctor Shisley tiene un gabinete de consulta cerca de la Séptima Avenida, además de esta clínica. Holmes parece que manda más que el propio doctor...

Mark puso el automóvil en marcha sin prisa alguna.

Preguntó a la joven:

—¿Por dónde se decide?

—¿Conoce «Brevoort», cerca de Washington Square? —preguntó Nellie a su vez.

—Conozco todo aquello perfectamente.

—Pues si no le parece mal...

—Me parece un lugar estupendo. Allí podremos hablar con tranquilidad.

Mark llevó el coche por lugares de poco tránsito, fuera de la pista principal.

Y recibió la sensación de que Nellie no se sentía tranquila hasta que Bronx quedó atrás.

Entraron en Manhattan por el Henry Hudson Bridge, descendiendo por el paseo de la orilla del Hudson.

Al llegar a la altura del lugar en donde lo habían llevado para arrojarlo al río, señaló Mark y dijo:

—Allí duerme mi coche... en el fondo del Hudson. Fue en donde intentaron asesinarme...

—Sé que suceden cosas de ese tipo; pero una no termina de creerlo hasta que no las ve o la tocan de cerca...

A pesar de la relativa seguridad que le ofrecía Mark, la chica respiró con afán al verse en el corazón de Broadway, camino del lugar elegido por ella.

Una vez instalados confortablemente, ante sendas tazas de café, preguntó Mark:

—¿No recuerda nada?

Al rostro de Nellie volvió la expresión angustiada.

—Lo siento —murmuró el científico.

—¿Por qué ha de sentirlo? Parece que ambos estamos en un momento difícil de nuestra vida...

—Exactamente.

—Sé que existe esa laguna que usted dice. No es la primera vez que se produce...

Mark permaneció silencioso. Ella pidió al cabo:

—Ayúdeme a recordar, por favor. Me siento perdida...

—A mí me sucede lo propio. Sé que fui con usted porque me lo dijo alguien. Y me ha costado bastante trabajo localizarla...

—¿De qué se trata, señor Kingsley? —preguntó Nellie.

—De un importante secreto que anoche tal vez dejó de serlo. Y comprendo que si usted colaboró con ellos fue involuntariamente. Poco más o menos, lo mismo que yo.

Tras un corto silencio, preguntó Mark:

—¿Qué hace usted en la clínica del doctor Shisley?

—Soy ayudante en medicina.

—¿Especializada también en neurocirugía?

—No. Soy anestesista.

—¿Le ha oído hablar a él de ondas supersónicas?

—Parece que constituyen una obsesión en él. Usted tiene que saber que pueden servir para las intervenciones quirúrgicas en los centros nerviosos cerebrales sin necesidad de efectuar la trepanación —dijo Nellie.

—¿Cree que a él le puede interesar tanto esa cuestión como para llegar hasta el crimen? —preguntó Mark.

—En absoluto. No lo creo capaz de llegar al crimen.

—¿Y a Holmes?

Ella respingó. Y respondió:

—No sé... ¿Por qué lo pregunta? ¿Porque le tengo miedo?

—Allí le tenemos todos.

—¿Él estaba anoche de guardia, con usted?

—Sí, estaba. Está casi siempre allí. Parece más dueño de la clínica que el propio doctor Shisley.

—¿Él tiene estudios? ¿Se trata de un simple sanitario?

—Tengo entendido que llegó allí como cliente del doctor Shisley. Y luego se empleó como administrador.

—¿Ha intentado hipnotizarla alguna vez? —preguntó Kingsley de improviso.

Nellie volvió a respingar. Preguntó luego:

—¿Cree que es ésa la laguna que existió anoche en mi vida?

—No se asuste. Cuando nos vieron juntos yo estaba embriagado. Lo sé por una amiga mía. Y usted, según palabras de Chester, «se pegaba a mí como una lapa y también llevaba lo suyo entre pecho y espalda...»

—¿Lo dijo así ese bestia? —preguntó sobresaltada Nellie.

—Lo dijo así, con esa crudeza. Mi amiga no fue tan cruda ni mucho menos. Pero dijo lo mismo.

Nellie se sonrojó primero, palideció después y dio la impresión de que iba a romper a llorar.

Mark le acarició una mano. Luego le aconsejó:

—No se asuste. Beba un trago de café...

Mientras ella bebía, dijo aún:

—Tengo la impresión de que usted no ignoraba que yo había tomado un estimulante a base de anfetamina, con un sedante... Y que el alcohol estaba contraindicado...

Lo miró fijamente y dijo en tono bajo, con voz estrangulada:

—Ahora comienzo a recordar... ¡Ese maldito granuja!

CAPÍTULO VIII

Tras su exclamación, preguntó Nellie con expresión angustiada:

—¿Cree de verdad que me hipnotizaron y que me paseé con usted tal como ha dicho ese bestia de Smith?

—Sí.

Tras su afirmación, inquirió Kingsley:

—¿El tal Holmes ha mostrado interés por el hipnotismo?

—Por el hipnotismo, la telepatía y todo lo que se refiere a esa rama. Es de los que asisten a conferencias y exhibiciones de esa clase. Y va también a reuniones de espiritistas.

—Así, pues, no oculta sus aficiones...

—No puede ocultarlas...

—Sin embargo, usándolas para fines criminales debiera haber sido más cauto.

Tras corta pausa, preguntó Kingsley a Nellie:

—¿Qué sabe usted de hipnotismo?

—Lo corriente. Sé que se pueden anular casi totalmente unas facultades en el personaje hipnotizado y avivar otras. Que el hipnotizado, contesta a preguntas que se le formulan por el hipnotizador y que ejecuta órdenes que le da éste...

—Y que no recuerda nada después de despertar...

—Exactamente.

Mark reconstruyó lo que sabía de cuánto habían hecho uno y otro por lo que Lianne le había dicho, lo que había oído a Smith y lo que se refería a vagos recuerdos que se iban avivando en él.

Y finalmente añadió lo que le había dictado su intuición y el sentido deductivo, esto último, con la ayuda de Dale.

Nellie le escuchaba, dando la sensación de que se hallaba fascinada.

Mark terminó diciendo:

—Así pues, he debido comprometer bastante su reputación.

Ella, en un arranque, respondió:

—Eso es lo que menos me preocupa.

Luego añadió:

—Eso explica algunas manchas de mi vestido, el malestar que experimentaba esta mañana. Y no es la primera vez que sucede algo semejante.

—¿En dónde despertó usted?

—En mi apartamento, esta mañana, alrededor de las once.

—¿Tenía idea de cómo llegó a él?

—Tengo la impresión de que terminó mi guardia en la clínica y me llevaron en coche hasta la casa en donde tengo el apartamento. Pero es algo impreciso, que no podría asegurar.

—Eso quiere decir que después de pasearnos nos llevaron a la clínica. A usted la llevaron a su apartamento y a mí me entregaron a los asesinos...

—Tal vez fue como usted dice.

Nellie dijo:

—No volveré a la clínica. Y el caso es que necesito ese empleo para vivir...

—Usted no puede volver a la clínica. Holmes habrá notado su falta y tan pronto tuviese ocasión la hipnotizaría y la interrogaría. Y eso significaría su muerte.

—¿Y qué voy a hacer? Ellos conocen mi domicilio. Me irán a buscar a él.

—¿No tiene a nadie en Nueva York? —preguntó Kingsley.

—A nadie. Soy de las proximidades de una localidad llamada Tehama, en el norte de California.

—¿Y no puede ir allí? Yo me encargaría de su pasaje...

—Puedo, pero no debo ir. Es cuestión de amor propio.

—Ni una palabra más. En tal caso debo hacerme cargo de usted.

—No pensaré llevarme a su apartamento...

—Allí correría tanto riesgo como en el suyo. Compartiremos el apartamento de un amigo al cual le han roto un brazo. Tal vez ha sido cosa de la misma gente que Holmes tiene a sus órdenes.

—¿Lo cree jefe de un «gang»?

—Ignoro quién es el jefe. Pero está claro que él tiene a su cargo uno de los papeles más importantes...

—Es verdad...

—¿Hacemos un esfuerzo y reconstruimos en la medida de lo posible lo que sucedió ayer a mi entrada en la clínica? Intuyo que usted sabía que yo había tomado el estimulante de que le hablé antes. Estoy convencido también de que fue usted quien me inyectó el pentotal...

—Yo también lo creo ahora. Tenía que inyectarlo una persona que fuese capaz de hacerlo sin peligro para el paciente. Una persona que luego no recordase haber hecho tal cosa... Y ésa podía ser yo, hipnotizada, naturalmente.

—De acuerdo. Tenemos ya un presunto culpable que es Red Holmes. ¿Vamos a ver si encontramos otro? —preguntó Kingsley—. Nos interesa ir despejando incógnitas.

—Estoy a su disposición. No soy responsable de lo que sucede. Pero me siento vejada de pensar que un fulano como Holmes ha podido jugar conmigo.

—¿Ha estado enferma alguna vez? Me refiero a enfermedades que entren dentro del cuadro de las nerviosas.

—No, nunca.

—Usted sabe qué si una persona se resiste a ser hipnotizada, es punto menos que imposible hipnotizarla.

—Lo sé. Pero la convivencia en la clínica le ha dado ocasión seguramente a ir ensayando conmigo, hasta lograrlo sin que yo me haya dado cuenta...

Se volvió a sonrojar y preguntó:

—¿No hay para matarlo?

—¿Ha tomado usted drogas que hayan favorecido los planes de él?

—A veces he tomado Bezedrina, para no dormirme. He usado también, aunque menos, la Centramina...

—No podemos dudar ya más. Eso la ha convertido a usted en sujeto fácil a los planes de Holmes. ¿Qué me dice del doctor Shisley?

—No sabría qué decirle.

—¿Domina él a Holmes o a la inversa?

—Holmes da la sensación a veces de ser el verdadero dueño. Pero cuando es necesario, Shisley se impone y Holmes tiene que callar.

—¿Estuvo anoche Shisley presente cuando me interrogaron a mí

después de administrarme usted el pentotal?

—Ni aun realizando un esfuerzo se lo puedo decir. No recuerdo haberlo visto.

—Pero ¿recuerda ya que me inyectó el pentotal...?

—Empiezo a tener un lejano recuerdo...

—¿Quién estaba con usted?

—Holmes, naturalmente... Exacto. El preparó un magnetófono.

—¿Recuerda si usted estuvo presente en el interrogatorio?

—No recuerdo nada... ¿De qué se trata? Tal vez así recuerde algo.

—Se trata de una especie de «radar» que funciona a larga distancia; pero con ultrasonidos de máxima frecuencia...

—¿Para qué lo aplican? —preguntó Nellie.

—Para localizar aviones, navíos de superficie y, aún mejor, submarinos. Tan pronto localiza el aparato o navío, aumenta automáticamente la frecuencia hasta que las vibraciones se abren paso en la masa metálica y llegan a producir la explosión, tanto de los explosivos corrientes como de los materiales fisibles...

—¿En el agua también? —preguntó la chica admirada.

—En el agua mejor aún, pues en ella se mueve el sonido a velocidades cuatro veces superiores a las que alcanza en el aire.

Nellie miró a Mark como si descubriese en él a un hombre nuevo.

Y dijo:

—Ahora lo comprendo todo mejor. Eso debe valer mucho dinero.

—El costo de los trabajos hasta llegar a los resultados obtenidos es de millones de dólares. No sé cuántos porque no es cuenta mía, pero sé que son muchos...

—Lo entiendo perfectamente.

—Su valor positivo es incalculable por el momento.

—Pero cualquier potencia daría mucho dinero por eso...

—Mucho. Y con lo que diese, aún le resultaría barato en relación con lo que nos ha costado a nosotros. Sin contar con que no es fácil que tenga nadie el personal adecuado, las instalaciones, para llegar a ese resultado. En tal caso se sabría. Y no lo adquirirían ya.

—Comprendo que no retrocedan ante la muerte...

—Eso vale muchas vidas. Y la muerte no nos puede detener. Yo

sólo he matado ya dos hombres, y lo he hecho en defensa propia uno y de un amigo, otro...

—¡Es terrible! ¿Por qué me habrán metido en éste lío?

—Porque la necesitaban...

—Ellos podían inyectar el penthotal.

—¿Holmes?

—Holmes no; pero el doctor, con toda seguridad... —Así pues, ¿lo cree complicado?

—No puedo pensar que se emplee su clínica para esos fines y que él lo ignore. No creo que su caso haya sido el único.

—La misma observación hice yo cuando me llevaron allí —señaló Mark.

—Yo conozco cómo está organizado aquello y sé que no podría Holmes hacer nada si no contase con el doctor.

—Bien, aunque el doctor pudiese inyectar el penthotal, la necesitaban para que se exhibiese conmigo de la forma que nos exhibieron...

—¿Y por qué eso? ¿Era necesario?

—Sí. Yendo yo embriagado tal como me había visto la gente, se justificaba mi muerte por accidente. Ellos pensaban arrojarme al Hudson con mi automóvil. Me habría ahogado, no habría habido señal de violencia en mi cuerpo...

—Sí. Y habría sido achacado a accidente —remachó Nellie.

—Justamente. Y mi traición habría sido achacada al desorden de mi vida, que me habría obligado a buscar dinero como fuese.

—Tal como parece que han hecho la operación, no será fácil que descubran la venta de su secreto —objetó Nellie.

—Lo descubrirán más pronto de lo que usted imagina. Nuestros agentes secretos están trabajando en el extranjero. Y se enterarán de que ha sido vendido uno de nuestros secretos tan pronto éste llegue a dónde sea.

—Creí que eso se llevaría en el más riguroso secreto.

—Los secretos son rigurosos. Pero hay gente especializada encargada de sorprenderlos...

—Tiene razón... Siento que me hayan empleado con fines tan turbios, para poner en evidencia a un hombre de su mérito —expresó Nellie con toda sinceridad, sinceridad que resultaba altamente emotiva por la misma sencillez con que la expresaba.

—No debe preocuparse por mí. Somos aliados, ¿no?

—Puede contar conmigo.

—Entonces debemos luchar para que el secreto no salga de nuestras fronteras. Vigilaremos de cerca a Holmes y a Shisley... Y caeremos sobre ellos cuando menos lo esperan.

—Estoy dispuesta.

Permaneció pensativa durante unos segundos. Mark la observaba atentamente, llegando al convencimiento de que la reacción de ella era totalmente positiva.

Y comparó su conducta con la de Karen.

Nellie dijo de pronto:

—¡Ya tenemos otro!

—¿Quién es ese otro? —preguntó Mark.

—Barry Sullyvan. Es amigo de Holmes y recuerdo que cuando yo salía después de inyectarle a usted, entró él. Me dijo algo, pero jamás le hago caso. Es un fulano que me repugna —informó Nellie.

—Barry Sullyvan... —repitió Mark.

—Sí... Después de verlo a él, no recuerdo ya nada. Parece que Holmes logró dormirme totalmente.

—Con toda seguridad que fue así... ¿Quién es el tal Barry Sullyvan?

—Tengo la impresión de que Holmes me dijo que había trabajado en el servicio de contraespionaje... ¡Eso es! Me dijo que lo había dejado porque en tal servicio pagaban poco y que Sullyvan trabajaba ahora por su cuenta.

Nellie miró a Mark como quien ha realizado un sensacional descubrimiento y dijo aún:

—¿Ve usted? No estaba dormida del todo y voy recordando. Me lo presentó a usted como un indeseable, como un espía...

Mark sonrió irónicamente y dijo:

—Y ellos iban a cortarme las alas.

—Justamente. ¡Qué granujas! —exclamó la chica.

Permanecieron silenciosos. Nelly preguntó a Mark al cabo de casi dos minutos de silencio:

—¿En qué piensa?

—En lo que yo haya podido decir.

—Si le interrogaron hábilmente habrá dicho usted bastante. Piense que con los estimulantes avivaron su memoria, sus dotes

intelectuales; con el penthotal anularon su voluntad. Y falta saber si también aprovechó Holmes para hipnotizarlo.

Mark, obsesionado con su idea, preguntó a Nellie:

—¿Tomaron mis palabras en cinta magnetofónica?

—Es lo que prepararon, un magnetófono.

—Habrán necesitado más de una cinta...

—Tal vez estuvo bastante rato con ellos. Lo llevaron pronto y, según parece, cuando aparecimos usted y yo en público era bastante tarde.

—Lo tengo en cuenta. Estoy calculando tiempos con relación a lo que debiera haber durado mi informe para que les resultara completo y pudiera serles útil. Tres horas no serían suficientes.

—Temo que estuvo usted más tiempo de tres horas en manos de ellos.

—No sé. Ya veremos... En el supuesto de que les haya servido mi informe, habrán tenido que dar las cintas a un buen mecanógrafo para que lo pase a máquina.

—Sí.

—Tendrá que ser un trabajo impecable. Después de pasado a máquina y corregido por un técnico, habrán sacado pequeñas fotografías que habrán reducido los folios al tamaño aproximado de un sello.

—Creo que lo hacen así —admitió Nellie.

—Luego lo tienen que someter a una nueva reducción que deja cada folio en un tamaño muy poco mayor que el punto ortográfico de una máquina de escribir.

—¿Tan pequeño?

—Sí. De lo contrario es difícil de sacar. El servicio de contraespionaje es más eficiente de lo que comúnmente se cree.

—Cuentan con un técnico en esa materia como es Barry Sullyvan —recordó la linda morena.

—Por eso mismo. Él sabe lo difícil que es de sacar una mercancía de esa clase y no habrá dejado nada al azar.

—Se necesitan bastantes horas para todo eso, ¿verdad?

—Bastantes horas, gente y material adecuado, comprobaciones...

Mark, del gesto de preocupación pasó repentinamente a un gesto optimista. El joven científico se puso en pie y dijo a la chica:

—Alégrese, Nelly. Todo lo que han hecho con nosotros no ha sido más que una cortina de humo para ocultar el verdadero camino.

—No le entiendo...

—Vamos y me entenderá...

Tomó a la chica de la mano y tiró de ella, obligándola a que le siguiese a buen paso.

Se disponían a salir cuando Mark se detuvo en seco, haciendo que ella se detuviese también.

—Un momento. Tenemos ahí un par de asesinos de éstos...

CAPÍTULO IX

Mark sintió una agradable sensación al sentir el cuerpo de Nellie contra el suyo y la retuvo durante unos instantes, de manera instintiva, como deseando que la proximidad de ella pudiese durar mucho tiempo.

La atractiva morena permaneció inmóvil, viviendo también la nueva y agradable emoción del momento.

—¿Quiénes son? —preguntó en tono que era un susurro.

—Aguarda aquí. Los conozco bien. Son dos de los que tenían el encargo de barrerme del mundo de los vivos. Uno está junto al automóvil. El otro está junto a la salida, fuera de nuestra vista.

—Tú no tienes costumbre de enfrentarte con gente de esa calaña. Tendremos otra salida.

—Es posible que lo hayan previsto y que esté tomada también. No temas por mí...

—¿Y si te sucediese algo? —preguntó Nellie asustada.

—En ese caso llamas a la policía y que te ponga en contacto con el F.B.I.. Les cuentas todo sin omitir nombres. Esta gente huirá si logra dejarme fuera de combate. Pero no lo conseguirá.

Mark abrazó estrechamente a la linda morena y la dejó luego, saliendo con decisión.

El «gángster» que se hallaba cerca del automóvil silbó levemente avisando a su compinche cuando Mark apareció en la puerta.

El joven científico se movía con naturalidad para dar la sensación de que no se había dado cuenta de la presencia de los enemigos.

El fulano que estaba cerca de la puerta atacó, intentando cazar al joven con un golpe dado con una porra de goma que silbó en el aire de manera asustante.

Saltó Mark ligeramente hacia atrás mientras el otro se iba de narices al fallar.

Una vez hubo esquivado, Mark golpeó con el canto de la mano en el cuello del gorila.

Golpeó con fuerza y decisión, se oyó un crujido de vértebras rotas y el hombre se fue de bruces fulminado.

El que había avisado, al ver caer a su compañero, sacó rápidamente su pistola ametralladora con la que inició una ráfaga, dispuesto a segar a Mark.

Éste sacó tan rápidamente como el «gángster» y tiró dos veces consecutivas, cortando en seco la ráfaga de proyectiles, antes de que ninguno de ellos llegara a tocarle.

Se estremeció el «gángster» al ser víctima de los impactos, dejó caer la pistola y rodó muerto sobre el pavimento de la calle.

Quiso intervenir un tercer fulano, pero fue encañonado por Kingsley, que le dijo:

—Si te mueves te dejo seco, granuja...

Hizo Mark una seña a Nellie para que lo siguiera y él se hizo cargo del sorprendido «gángster», al cual llevó a empujones hasta el automóvil, en el cual lo hizo subir.

Lo desarmó rápido y se situó con él en los asientos posteriores mientras ordenaba a Nellie:

—Al volante y rápidamente en marcha.

La joven se adelantaba casi a la expresión del pensamiento de Mark y fue cosa de segundos que el automóvil saliera lanzado ante el estupor de la gente que había sido testigo de la rápida y dura escena que había costado la vida a dos hombres.

Una vez en marcha preguntó Nellie a Mark:

—¿Adónde vamos?

El joven dio las señas de la edificación en donde se hallaba ubicado el segundo de los apartamentos ocupados por Dale.

Hizo marchar Nellie el automóvil sin vacilación alguna, sin volverse, atenta al camino, preguntó ella:

—¿Qué va a suceder ahora?

—Nada que pueda hacernos temblar. Mi acción está justificada. Uno de ellos ha quedado con la porra de goma cerca de sus manos. El otro fue el primero en disparar...

—Has matado al del golpe, ¿verdad? Oí crujir sus huesos.

—Espero que sí.

—No podía imaginar que se pudiera matar a un hombre de esa

forma.

—Fui un buen deportista a tiempo que estudiaba. El judo no tiene demasiados secretos para mí.

Mark, sin dejar de atender a la joven, había cacheado al «gángster», desarmándolo primero para inutilizarlo después atándole las manos a la espalda con un pañuelo.

Cerca ya del apartamento de Dale, dijo Mark a la chica:

—Cuando te lo diga, te detienes un momento. Bajaré con éste y tú sigues adelante, darás la vuelta y vuelves luego a recogerme.

—Y si no estás aún abajo, ¿te aguardo?

—No. Es preferible que des otra vuelta...

—«Okey».

Poco después ordenaba Mark a Nellie que se detuviera.

Hizo bajar Mark al «gángster» de manera un tanto violenta y ordenó a Nellie mientras él saltaba:

—¡En marcha!

Poco después los dos hombres se hallaban en presencia de Dale, que comunicó a su amigo:

—Me tenías inquieto... Se han recibido ya algunos informes que ofrecen bastante interés.

—Lo celebro. Yo he logrado bastante también. Cuida de este fulano mientras voy a recoger a una chica y a encerrar el automóvil.

Dale, sin la mínima objeción, sacó dos pares de esposas y amanilló con unas al «gángster», al cual sumó también con las otras por los tobillos.

—Te puedes ir tranquilo, Mark.

—Hasta ahora mismo.

Se reunió Mark con Nellie cuando ella, que no se había dado prisa, terminaba de dar la última vuelta.

—Te podía haber aguardado.

—No me interesaba que vieses el auto detenido en la calle. A estas horas tal vez lo esté buscando ya esos indeseables.

—Comprendo.

Encerraron a poco el automóvil en el garaje particular de su amigo de Dale. Y la joven pareja regresó al apartamento del detective privado, quien dijo apenas vio a Nellie:

—Es la chica de anoche.

—Justamente.

—¿Aliada?

—Sí. Casi tan víctima de ellos como yo mismo. Tal vez más víctima que yo.

—Tú lo sabrás —dijo Dale estrechando la mano que la linda morena le tendía.

Mark, deseoso de ganar tiempo, se encaró con el «gángster» recientemente aprisionado.

—¿Te sacudo o prefieres hablar por las buenas? Has podido apreciar que no tengo las manos blandas.

—Pregunte.

—¿Qué pasó anoche, después de vuestro fracaso cuando intentasteis asesinarme echándome al Hudson como mi auto?

—Le buscamos como locos, esperando que saliese. Y tardamos bastante rato en damos cuenta de que se había burlado de nosotros.

—La verdad es que no anduvisteis muy listos. ¿Qué pasó luego?

—Fuimos a su apartamento. Pero no estaba ya allí. Comprobamos que había estado, pero que había hecho la del humo enseguida.

—Chicos listos... ¿Y después?

—Le hemos buscado todo el día.

—Hasta que habéis tenido que decirle al jefe que habíais fracasado.

—¡Ni hablar! Cualquiera se lo dice... Es capaz de emparedarnos vivos.

—Falta uno de vosotros...

—Sí. Habrá quedado esperando por la salida trasera de «Brevoort».

—¿Cuándo me habéis descubierto?

—Cuando venía por la Riverside Drive. Pensamos que usted buscaría de ahí hacia Bronx. Y no nos equivocamos.

—No sois idiotas del todo —respondió Mark.

—¿Para quién trabajáis? —preguntó Dale a su vez.

El hombre vaciló, mirando con expresión que reflejaba miedo.

—Lo que te podemos hacer aquí será tan malo o peor que lo que él te pueda hacer... Si llega a tiempo.

—Para Red «the Brown». Pero yo no he hablado con él jamás. Es Rory «El Vamp» quién se entiende con él —dijo el granuja.

—¿Rory «El Vamp» es el que falta?

—Sí.

—Si mientes será peor para ti.

El «gángster» señaló un gesto queriendo decir que después de caer, había pocas cosas peores para él. Y se dejó caer en el suelo.

Mark se dirigió a Dale:

—Me marchó. Ella se llama Nellie y se queda contigo hasta que yo regrese.

—¿Y si no regresas?

—Regresaré. Pero si no regresara, no tenéis más que continuar adelante. Ella conoce muchas cosas que te ayudarán a resolver el problema.

—¿No quieres escuchar informes?

—Los que tengas sobre Surrey...

—Hace una vida impecable. Tiene amistades selectas, nada de mujeres, nada de bebida... Yo lo he descartado.

—Si lo has descartado quiere decir que falla mi instinto o el tuyo... ¿Conoces a un tal Barry Sullivan?

—Sí. Trabajó en contraespionaje y se dedicó luego a la investigación privada. Está bien relacionado también, aunque sus amistades no son tan selectas como las del profesor Surrey. No sé nada contra él.

—¿Sabes si tiene amistad con el doctor Shisley?

—Lo ignoro. Sé que es amigo del doctor Ramsay...

—Pues tiene amistad con Shisley. Y anoche estuvo en la clínica que tiene éste en la pista de Yonkers —informó Mark.

—¡Diablos! —exclamó el detective privado.

Lo dijo con tal expresión que provocó la risa de Nellie y de Mark.

Éste le dijo:

—Por el momento será mejor que no remuevas nada en torno a su persona. La vamos teniendo bastante bien dibujada.

Comprendió Dale que Nellie había ayudado mucho a Mark y la miró con expresión de admiración.

Y dijo a continuación:

—Eres un tipo con suerte, Mark. La has tenido siempre.

—Menos cuando no la he tenido. Por ejemplo, anoche...

—Bueno, eso ha sido una nube que pasará... —dijo el detective privado con expresión animadora.

Mark, con repentina inspiración, sacó su cartera y de ella extrajo una fotografía de Karen.

Mostró la fotografía a Nellie y le preguntó:

—¿Ha visto alguna vez a esta rubia?

Nellie, apenas la miró, respondió sin una vacilación:

—Mas de una vez. Es bailarina y la primera vez fue con Sullivan. Parece que ella padecía un principio de depresión nerviosa...

—¿Usted qué cree?

La linda joven hizo un ademán de ignorancia y dijo:

—El caso pasó directamente al doctor Shisley. Ignoro el tratamiento a que la sometió. Pero ella se fue sintiéndose mejorada según me dijo en una ocasión. Y fue dada de alta hace poco.

Los dos hombres cambiaron sendas miradas de entendimiento.

Mark decidió que debía decir la verdad a Nelly y le informó:

—Ella era mi prometida. Temo fundadamente que fue la que me entregó a mis enemigos...

—No me extraña. No me resultó simpática, vi en ella algo extraño. Me pareció engreída y fríamente calculadora. Y no creí en ningún momento que sufriese depresión nerviosa alguna.

—Seguramente que no la sufría —respondió Mark, quien se sintió mortificado al pensar en la burla de que había sido objeto por parte de Karen.

El científico, cuando se disponía a marchar tras despedirse de sus amigos, volvió atrás, fue al teléfono y tras consultar el reloj, llamó a Lianne.

La compañera de Karen respondió:

—Soy Mark.

—¿Algo nuevo, Mark?

—¿Ha vuelto a llamar ella?

—No, no ha llamado a pesar de que prometió hacerlo.

—¿Sabes si ella fue tiempo atrás a consulta médica? ¿Te dijo algo de que no se encontraba bien?

—No sé nada de eso. ¿Qué ocurre? ¿Acaso ha huido porque...?

Se interrumpió Lianne sin saber cómo continuar.

Entendió Kingsley, que se apresuró a decir:

—Nada de eso, tranquilízate. Se quejó de depresión nerviosa cuando fue al médico.

Lianne, pillada de sorpresa, ríe un tanto escandalosamente, diciendo al cabo:

—¿Depresión nerviosa, Karen? ¡Eso es absurdo! Es de las personas de sistema nervioso más equilibrado que he conocido.

—Yo también tenía una idea semejante.

—¿De verdad fue a ver a un médico?

—Es lo que me han dicho. Un neurocirujano...

—Es la primera noticia. Y no lo comprendo, te lo aseguro. Ella no se ha quejado jamás ni de un simple dolor de cabeza... ¿Cómo te van las cosas, Mark?

—Bastante bien. A menos que ocurra algo que me obligue a hacerlo antes, te llamaré mañana alrededor de las once.

—Puedes hacerlo.

—Hasta mañana, Liarme. Gracias por todo.

—Hasta mañana, Mark. Y suerte.

—Gracias.

Antes de salir, informó Mark a sus amigos, diciendo:

—Ya lo habéis oído. Lianne Serrault, la amiga íntima de Karen, tampoco cree que ella haya padecido depresión nerviosa...

Fred Dale pidió antes de que Mark saliera:

—Un momento. Conviene que veas una fotografía que poseo de la desaparecida Norma Higgins.

—¿La secretaria de míster Harper?

—La misma.

Cuando tuvo la fotografía en sus manos, Kingsley alabó:

—Una linda chica. Tiene cara de buena persona.

—Es inteligente y trabajadora, seria y cordial a la vez —alabó el detective privado, que añadió—. Bien, eso es según los informes que tengo de ella.

—Lástima que le haya podido suceder algo —lamentó Mark quien alargó la fotografía a Nellie, a la cual preguntó:

—¿La conoces? ¿La has visto alguna vez?

—No, nunca.

—¿Has oído hablar de ella?

—No.

—Ha desaparecido hace unos días. Y tememos que esté en manos de ese sucio grupo de espías, los cuales han amenazado con matarla si se da cuenta a la policía de su desaparición.

—No sé nada que se refiera a ella.

—Aparecerá cuando menos lo imaginemos —sentenció Mark.

—Eres muy optimista —dijo Fred, quien se dirigió luego a Nellie para decirle—: Considérese en su casa. Póngase cómoda. Y si necesita algo, no tiene más que decirlo.

CAPÍTULO X

Cuando Mark llamó en el amplio apartamento que en una céntrica calle ocupaba el profesor Surrey, le abrió el ayuda de cámara negro de éste, el cual no mostró extrañeza alguna al ver al joven.

—Buenas tardes, señor —saludó inclinándose.

—Buenas tardes. Sam. ¿Está el profesor?

—Sí, señor. No hace mucho que ha llegado.

—¿Quieres anunciarme?

—Puede pasar, señor. Está en su biblioteca. Y me ha dicho muchas veces que no es necesario que lo anuncie.

—De acuerdo, Sam, gracias.

Entró Kingsley. Conocía bien la disposición de las diversas piezas del apartamento y se encaminó a la sala bastante amplia en donde Surrey tenía una muy completa biblioteca técnica de su especialidad.

Kingsley se movió en silencio.

Apartó las cortinas que cubrían la entrada de la biblioteca. Surrey estaba examinando algo en un microscopio de laboratorio que tenía instalado en la biblioteca.

—Buenas tardes, profesor Surrey. Aunque es casi de noche.

El dueño de la casa respingó y echó mano rápidamente a una pistola que tenía en un cajón, al alcance de su mano.

No llegó a encañonar al joven, aunque éste la vio.

—Lamento haberle asustado, profesor. Dije a Sam que me anunciase. Pero él me dijo que no era necesario, que usted le ha dicho muchas veces que puedo entrar sin previo anuncio.

Surrey, intentando dominarse, dijo:

—Me ha sorprendido, no le esperaba.

—¿Me creía muerto? —preguntó Kingsley con candorosa expresión.

Surrey tardó en responder:

—No me hubiese extrañado. Me dijeron que anoche iba usted en un estado lamentable, impropio de un hombre ocupado en la investigación y que tiene sobre sí graves responsabilidades.

—¿No me vio usted?

—No. Pero me lo dijeron.

—¿Se lo dijeron? Pues fue una lástima que no me viese...

—No comprendo cómo puede usted dar esa respuesta. Le llevé a mi lado porque tenía confianza en usted. Le creí otra clase de persona; pero usted ha cambiado mucho.

—Me llevó a su lado porque me necesitaba, profesor Surrey. No, por favor, no me llame enreído. No subestimo mi trabajo como haría otro con falsa modestia; pero tampoco lo sobrestimo a usted sabe que lo que digo es cierto.

—Bien, debo reconocer que en ese aspecto es el mejor de todo el equipo, el que realmente ha sido capaz de dar la solución exacta al problema que nos hablamos planteado. Una cosa es la teoría y otra es la aplicación práctica. Usted ha sido el hombre capaz de convertir la teoría en realización...

—Gracias, profesor. Eso le congracia conmigo —ironizó Kingsley.

—No es usted muy respetuoso para quien le ha enseñado bastante, aunque luego usted haya sobresalido.

—Vamos a dejar eso, profesor. Soy un realizador... No me gusta perder el tiempo.

—Admito que es usted un realizador.

—Anoche me entretuvo usted media hora larga más de lo previsto.

—Era necesario, usted lo sabe. Deseaba librarme de una responsabilidad. Al terminar el trabajo y entregarla, me libraba de ella.

—Recuerda usted que me dio una dosis bastante fuerte de un estimulante que llevaba además un tranquilizante. Para mantener el equilibrio nervioso, ¿es así?

—Justamente. Creo que es así.

—¿Qué médico se lo ha proporcionado, profesor? ¿El doctor Ramsay o el doctor Shisley?

—¿Qué importa? Son pequeños secretos que no se deben

traicionar. El uso de esos productos está prohibido, a menos que sea para enfermos y bajo riguroso control médico. Y ni nosotros estamos enfermos ni lo hemos tomado bajo control médico.

—Sin embargo, profesor Surrey, en la clínica del doctor Shisley sabían que yo había tomado una dosis bastante considerable de ese combinado llamémosle estimulante tranquilizante. Que por cierto, con ayuda de unos golpes que me propinaron, me deprimió bastante.

—Comprendo que le propinaran más de un golpe en el estado en que iba. La embriaguez nos hace perder la dignidad, se falta a la gente y...

—No prosiga. Los golpes vinieron antes, profesor. Y usted lo sabe perfectamente.

—¿Qué está insinuando?

—No insinuó. He sido una buena tapadera de sus manejos, profesor. Pero los asesinos fallaron y se han callado con la esperanza de poder cazarme. Y de ahí su sorpresa cuando he entrado...

—Usted está loco... El abuso del alcohol...

—No acerque la mano a la pistola. No estoy loco y usted lo sabe. Y por primera vez en mi vida voy armado...

Tras un breve silencio ordenó Kingsley:

—Apártese de la pistola y será mejor para todos. He matado ya cuatro hombres en defensa propia. Usted podría ser el quinto...

Surrey obedeció sin prisa, mirando para la mesa, tratando de buscar algo que lanzar al joven.

Disimulaba bien sus intenciones, pero no le resultó posible ocultarlas a Mark.

—No se moleste. Surrey. No tiene nada adecuado al alcance de la mano. Y vamos a lo que importa... ¿Paso por alto la escena en que me inyectaron el penthotal? ¿La que siguió cuando bajo el dominio de Holmes di una serie de datos que fueron tomados en cinta magnetofónica?

—¿Ha sucedido eso? —preguntó Surrey.

—¿Lo ignoraba?

—Lo ignoraba, pero no me extraña. Después de haberle visto...

—¿Me vio o me vieron y se lo refirieron, profesor? —preguntó Mark con sorna.

Surrey se mordió el labio inferior, tragó saliva y respondió al cabo:

—Me lo refirieron, pero lo he imaginado como si lo hubiese visto.

—Tiene usted mucha imaginación. Lástima que la desperdicie en imaginar cómo iba yo en lugar de emplearla en el progreso de la ciencia.

—¿Encima se burla? Váyase de mi casa, Kingsley.

—Calma... Mi secuestro, la inyección de penthotal, todo lo que le siguió... Primero me engañó; luego comprendí que todo fue una cortina de humo para engañar a los de la investigación policial cuando se supiese que el secreto estaba en manos de nuestros enemigos... Muy sutil la idea. ¿Fue suya, profesor?

—Márchese o llamo a la policía para que le eche.

—No estará mal que la llame. Mejor si es a los del «F.B.I.». Son los que intervienen en cosas como la que nos ocupa...

—Basta con un simple policía de vigilancia.

—No, profesor. Eso sería buena señal para usted. Continuemos. El control de salida es muy riguroso. Yo aun conservando datos en mi memoria, dándolos por la fuerza bajo la influencia del penthotal, no he podido dar todo lo que se necesita...

—Ignoro eso. Y prefiero no saber de qué se trata. Se encargará de ello quien sea. Lo que usted insinúa es bastante grave.

—Tiene manía con las insinuaciones y no hay tal. Son cargos concretos, Surrey.

Cambió de tema Kingsley, preguntando a Surrey a la vez que señalaba para el microscopio:

—¿Qué estaba viendo ahí, Surrey?

—¡Eso es cosa mía!

—¿No estará revisando alguna microfotografía?

—Ya le he dicho que es cosa mía...

—Si fuese cosa que le competiese únicamente a usted, créame que lo celebraría...

Varió bruscamente otra vez de tema para decir:

—Me informé de que estuvo trabajando usted más de hora y media después de marcharme yo...

—Sí. ¿Algo que objetar?

Tal como si no hubiese oído la pregunta, siguió diciendo

Kingsley:

—Estuvo usted solo, encerrado, en el laboratorio fotográfico. Dio orden de que no se le molestara por ningún concepto.

Frunció Surrey el entrecejo mientras Mark proseguía impasible:

—Pero, aunque el control se relaja un poco una vez ha salido la mayor parte del personal, aunque se le tienen a usted ciertas consideraciones por su edad y jerarquía, no resulta fácil sacar ni aún las más diminutas copias fotográficas, esas que se pueden esconder debajo de un punto ortográfico.

Palideció Surrey, que dijo en tono bajo, que resultaba amenazador:

—Me está fastidiando, Kingsley. Si tiene algo contra mí, denúncieme. Seguramente que saldrá perdiendo.

—Estoy convencido de ello y por eso no le he denunciado aún. Para denunciarle necesito probar su culpabilidad. Hasta ahora el culpable sería yo...

—Por lo que ha dicho es culpable, no hay duda. Aunque se le puede perdonar si dio los informes bajo la influencia del penthotal que le inyectaron a la fuerza según usted...

—Es usted muy benévolo conmigo, profesor... Pero yo no pido árnica. Soy un espíritu combativo que prefiere caer machacado antes de arrojar la esponja. Hizo usted mal en seleccionarme para que le sirviese de espantapájaros.

Guardaron silencio los dos hombres.

Surrey, aunque intentaba disimularlo, dio la sensación de que comenzaba a sentirse acorralado.

Mark avanzó un paso. Surrey retrocedió dos pasos.

El más joven de los dos científicos miró fijamente al que había sido su profesor, quien comenzó a sentirse desnudo ante él.

—¿En dónde ha sacado usted las microfotografías, profesor?

Mark no obtuvo respuesta:

—¿Tendré que llevármelo a la fuerza y someterlo a la influencia del penthotal para que hable? —preguntó Mark.

—No intente tal cosa —dijo Surrey.

Lo dijo en tono amenazador que hizo sonreír a Mark.

Éste dijo al fin, señalando para la boca del profesor:

—Ya sé...

Ni hizo mención del lugar concreto. A pesar de ello, Surrey se

tambaleó.

—¿Ha entregado ya la «mercancía», Surrey? ¿O es eso precisamente lo que estaba repasando o revisando?

—Salga de aquí... —ordenó Surrey.

—¿Es que no sabe decir otra cosa? Ahora ya sé en dónde ha sacado la «mercancía» de nuestro centro de trabajo.

Volvió a señalar Mark para la boca de Surrey, el cual retrocedió.

Al hacerlo tropezó con un taburete y cayó con cierta violencia hacia atrás.

Dio una voltereta de manera voluntaria con una agilidad poco común en sus años y empuñó el taburete dispuesto a usarlo como proyectil.

—No se mueva o le destrozo la cabeza...

—La tengo dura, profesor...

Mark avanzó implacable mientras Surrey se situaba mejor, incorporándose hasta adoptar una clara actitud de lanzamiento.

Fintó Mark queriendo dar la impresión de que se lanzaba al ataque y Surrey lanzó de manera potente el taburete, que dirigió a los pies del joven, dispuesto a hacerlo caer y poder tomar una ligera ventaja sobre él.

Mark resultó sorprendido por la forma en que lanzó Surrey el taburete y, aunque saltó tratando de esquivar, aún recibió el golpe en una pierna, si bien amortiguado al colocar una mano para protegerse.

Al propio tiempo, para aminorar el efecto del golpe se dejó caer, dando la impresión a Surrey de que el efecto del improvisado proyectil había sido mayor.

Saltó Surrey en dirección a la pistola y Kingsley, hábilmente, lanzó el mismo taburete rascándolo por el suelo hasta golpear en una de las piernas de Surrey el cual cayó de manera aparatosa, dando un gemido.

Kingsley se apresuró a saltar sobre él, inmovilizándole con una dura presa de lucha.

—Quieto, profesor. No pretendo hacerle daño y usted me va a obligar a ello. He desnucado ya a dos hombres; pero ellos no eran científicos, tenían menos «clase» que usted —dijo con señalada ironía.

Se levantaron ambos hombres, aunque Surrey, menos corpulento

y con el doble de años que Mark, sudaba copiosamente y respiraba de manera agitada.

—Suélteme... No tiene derecho a hacer esto.

—No hablemos de derechos, profesor. Ha perdido la partida. Ya que no ha tenido la dignidad suficiente para resistir a la tentación, tenga dignidad para perder.

Físicamente estaba totalmente vencido el profesor; moralmente estaba a punto de caer.

Mark, despectivamente, sabiendo el daño que le haría con su actitud, lo echó contra un sillón en el cual quedó sentado Surrey.

—Ha sido traidor, Surrey; pero está descubierto. Responda a lo que le ha preguntado antes. ¿Ha entregado ya la «mercancía»? Si no la ha entregado me conformaré con que la vuelva a su sitio y luego presente la renuncia de su cargo. Nadie tiene por qué saber nada...

Mark hizo una pausa para dar ocasión a Surrey a que pensara su proposición.

Luego siguió:

—Si la ha entregado ya, es mejor que se sincere cuanto antes. Hay que reparar el daño que ha hecho, antes de que sea tarde, antes de que pueda salir fuera nuestro secreto.

Surrey, jadeando aún, se obstinó, diciendo:

—No sé de qué me habla.

—Por eso ha intentado suprimirme, porque no sabe de qué hablo.

—Usted está loco y su locura es peligrosa. Lo ha enloquecido el alcohol. Usted mismo ha confesado que ha desnucado a dos hombres...

—Y le voy a retorcer el cuello a usted, profesor. Quítese las piezas postizas que lleva en la boca. En el hueco de una, de dos de ellas, es de donde ha sacado usted el secreto.

Señaló acusador para la boca de Surrey, el cual apretó los maxilares convulsivamente, cubriéndose luego la boca con la mano derecha.

—Usted pensó que era el colmo del ingenio, ocultar eso en el hueco de una de sus muelas de oro, que habrá preparado expreso. Pero se ha equivocado...

Miró Surrey a Kingsley con expresión que reflejaba asombro, asustado por la penetración del joven, el cual prosiguió:

—No piense que ideó nada nuevo. Bastante delincuentes se hacen engarzar por dentro, en dientes o colmillos de oro, brillantes de cierto valor que luego, cuando caen presos, venden para poder adquirir las cosas que necesitan... A veces, para poder pagar a sus abogados. ¿No lo sabía?

No respondió Surrey. Pero su expresión dijo a Kingsley que lo ignoraba.

—Posiblemente el protésico dental que le hizo el trabajo, ha hecho algo semejante para algún delincuente. Eso, en el caso de que él mismo no sea uno de tantos.

Ante el obstinado silencio de Surrey, amenazó Mark:

—Bien. No voy a tener más remedio que recurrir a la fuerza.

Se adelantó dispuesto a actuar.

Surrey se crispó sobre el sillón, apretándose contra él, como si pudiese desaparecer en su estructura.

—No se acerque, no de un paso más, porque le mataré a pesar de todo.

—Su resistencia es inútil ya. Dentro de poco estarán detenidos Holmes, Sullyvan, Shisley... Y no parará ahí la cosa. Tengo otros nombres en cartera. Usted ya conoce mi sentido deductivo, lo conoce mejor que nadie... Caerá la rubia y su amigo Ramsay...

Surrey estaba más asustado por momentos... Mark siguió, diciendo:

—Al hablar de la rabia no me refiero a Karen, sino a su amiguita...

Surrey, casi al punto del ataque de locura después de haberse contenido tanto tiempo, gritó:

—¡Basta! ¡Sí! ¡Acertó usted en casi todo! ¡Necesitaba dinero! ¡También yo tengo derecho a disfrutar de la vida! Estaba harto del espectáculo de derroche que ofrecen muchos que no valen nada, que son inútiles...

—De acuerdo, profesor. Usted tenía derecho a disfrutar de la vida, lo tiene. Hay quien derrocha mucho sin ganar nada. Pero eso no justifica su traición ni tampoco el que haya intentado embrollarme.

El profesor se había desplomado en el suelo y sollozaba. Entre sollozos, dijo:

—Puede avisar a los del «F.B.I.». Hágalo pronto, antes de que sea

tarde...

—¿Qué hay de Ramsay?

—No sé nada de él. No creo que tenga nada que ver con el asunto... Y la rubia tampoco. Esa chica no tiene idea de nada, le doy mi palabra. Ingrid es una buena chica...

—¿Ingrid...?

—Sí, mi... Vamos a decir mi novia. Ella se llevará un terrible disgusto: Que no la molesten, encárguese de ello.

—Me encargaré de la cuestión.

Tras una pausa, preguntó Kingsley:

—¿A quién le entregó la «mercancía»?

—No la he entregado toda aún. He entregado solamente una parte. Ellos deben revisarlo y cuando tengan el convencimiento de que el «género» vale la pena, me pagarán al propio tiempo que recogen el resto de la «mercancía».

—¿Shisley?

—Sí.

—¿Pensaba quedarse usted en los Estados Unidos?

—No. Estaba decidido que me situarían una crecida cantidad de dinero en Suiza. Aquí solamente me darían una parte...

CAPÍTULO XI

Mark se volvió rápido en dirección a la puerta de la sala biblioteca en la cual había hecho acto de presencia Sam.

Pero el servidor negro estaba en pacífica actitud, dando la impresión de que estaba fuertemente emocionado por lo que había tenido ocasión de oír.

Fue él quien dijo:

—Estoy seguro de que la señorita Hasley lo ignora todo.

Señaló la fotografía ampliada de una joven belleza nórdica, retratada en «bikini», en la playa de Atlantic City.

—Hermosa chica. Siento el disgusto que se va a llevar...

—Es danesa —dijo Sam, como si aquello pudiese tener una importancia capital en el asunto que se ventilaba.

—Espero que no habrá querella internacional por eso —observó Mark.

El joven científico había experimentado un gran alivio al saber que el resultado de sus trabajos, de la ardua tarea de equipo realizada, no había salido de las fronteras de los Estados Unidos y ni siquiera de Nueva York.

Y que parte de ello lo tenía allí mismo, al alcance de su mano.

Señaló para el microscopio.

—¿Lo que tiene allí corresponde a lo nuestro?

Surrey se sonrojó para responder:

—No.

—Otra «mercancía» del mismo tipo, ¿no?

—Sí; pero aún no les he hablado de ella. No estoy seguro de que pueda completarla.

—Entréguemelo todo.

Surrey obedeció.

—¿En dónde se ha de ver con Shisley? —preguntó Mark.

—En las inmediaciones de la tumba de Grant.

—Un buen lugar para que les entregue la mercancía y lo arrojen después al Hudson.

—No lo podrían hacer...

—No vamos a discutir eso ahora. Ya veremos cómo se resuelve todo. ¿Cuándo se habían de ver?

—Dentro de unas cuatro horas —respondió Surrey tras dirigir una rápida mirada a su reloj.

Ante el silencio de Mark, dijo Surrey:

—Sobra tiempo para organizar la redada. Puede ponerse en contacto desde aquí con el «F.B.I» Shisley tomará sus precauciones, pero se le podrá sorprender...

Kingsley negó con un movimiento de cabeza y opuso:

—Nada de telefonar desde aquí. Pueden tener su teléfono intervenido.

—¿Ellos?

—Precisamente ellos. No es tan difícil... Esa gente vigila todo lo que les rodea, incluso se vigilan entre sí, no por desconfianza, sino por saber si alguien de fuera husmea en sus asuntos. Tal vez a estas horas saben ya que he venido aquí. Su casa estará vigilada.

—No se atreverán a vigilarme. Lo intentaron cuando inicié mi colaboración con ellos; pero me di cuenta y les advertí que si no me retiraban tal vigilancia, cortaba toda relación con ellos.

Mark decidió:

—Vamos a salir de aquí. Pero no por la puerta principal... Sam puede venir con nosotros.

El negro, asustado, asintió.

Cuando Mark y sus dos acompañantes llegaron al apartamento en que se hallaba Fred Dale, fue Nellie la que abrió.

—Nos tenías en vilo —dijo la atractiva morena.

Mark presentó con humor irónico:

—El profesor Surrey. La señorita Walton, Era ella la que me acompañaba anoche, cuando yo estaba embriagado...

Se inmutó el científico, quien se inclinó ligeramente a la vez que decía:

—Deberá excusarme, señorita Walton. Fui yo quien ideó ese plan con el doctor Shisley.

—¿Así pues, es cierto que Holmes me hipnotiza?

—Sí, es cierto. Ellos la habían empleado ya en otras ocasiones.

Yo, al tener conocimiento de ello, pensé que usted podía servirnos en esta ocasión.

Fred, que escuchaba, silbó admirado mientras Nellie decía:

—Así pues, usted es el traidor. Mark no se había equivocado...

—Soy yo quien se equivocó. Medí mal sus posibilidades como enemigo —confesó Surrey.

—Ahora es el momento de ponernos en contacto con el «F.B.I.» —anunció Kingsley.

Dale respingó en el sillón en donde se hallaba sentado. Y preguntó:

—¿Es que no has pensado en la señorita Higgíns? Ellos no vacilarán en terminar con ella si descubren el menor movimiento sospechoso.

—Tranquilízate, no la he olvidado. Yo me encargo personalmente de ella —respondió Mark.

—¿Crees que resultará fácil sacarla de donde está? ¿Sabes siquiera en qué lugar la tienen?

—Lo supongo...

—Lo supones... Necesitamos seguridades. Ella es mi cliente —señaló Fred.

—De acuerdo, es tu cliente. Pero existe ahí una derivación que no alcanzo a comprender...

—¿Qué quieres decir?

—Estamos enfrentándonos con gente sutil, inteligente. A mí me emplearon para levantar la nube de humo que ocultase a quien verdaderamente proporcionaba la mercancía.

Surrey, agotado por las emociones, se había dejado caer en un sillón. Fred le dirigió una mirada de reprobación.

Mark prosiguió:

—Lo mismo que me emplearon a mí para levantar una cortina de humo, han podido emplear a la señorita Walton.

—No te niego la posibilidad. Pero lo mismo que intentaron asesinarte a ti, la barrerán a ella si se saben descubiertos.

—No se atreverán. Su delito les puede llevar a la silla eléctrica; pero se pueden salvar perfectamente de ella. Si asesinan a Norma Higgins, saben perfectamente que no tienen solución.

Dale preguntó al profesor:

—¿Sabe usted algo de ella? ¿Entró en el plan que usted formó?

—No —respondió Surrey con expresión categórica.

—¿Qué te hace pensar que la han empleado como cortina de humo? ¿A favor de quién?

—A favor de Shisley, que trata de cubrirse así con Ramsay. Ella desapareció cuando debía ver a Ramsay. Lo hacen sospechoso así...

—Cierto. ¿Y crees que Ramsay no tiene nada que ver en la cuestión?

—El profesor Surrey opina que no. Y yo soy de su misma opinión —respondió Mark.

Miró Fred a Nellie, la cual señaló un gesto de perplejidad. La linda morena dijo:

—No me atrevo a opinar. A mí, que convivía con ellos, que les conozco, han logrado engañarme. Es lo que puedo decir. En cuanto a Ramsay, no tiene allí ninguna simpatía; ¿por qué...?

Kingsley se dirigió a Surrey, diciéndole:

—Usted acudirá a la cita con Shisley. Se tomarán las medidas para que Shisley no pueda escapar; y también para que no le puedan hacer daño a usted...

—El peor daño que podía recibir me lo he hecho yo mismo —dijo Surrey dando la sensación de que estaba arrepentido.

—A pesar de todo, nuestro deber es protegerle.

—¿Va a ir alguien conmigo? —preguntó Surrey—. No confiarán en mí como para dejarme solo.

—Eso no depende de mí, profesor. Yo iría con usted por protegerle en caso de necesidad, pero no por desconfianza. Estoy seguro de que usted no tratará de huir.

Surrey, emocionado, respondió:

—Gracias, Kingsley. No merezco esa confianza después de que le he traicionado.

—¿Usted y Shisley han de comunicar antes de entrevistarse? —preguntó Mark.

—No.

—¿Y si le llama a su casa?

—No tiene por qué llamar. Y si llama, tampoco yo tengo por qué estar allí.

Kingsley miró a Sam, como pidiéndole que fuese, pero el negro, temblando casi, dijo:

—No me pida que vaya allí. Gente mala, pueden matarme. Y

Sam quiere vivir.

—Es muy justo, Sam. No te pediré que vayas. Puedes quedarte aquí hasta que esté todo resuelto.

El joven científico se dispuso a salir.

Nellie se puso también en pie y dijo:

—Yo iré contigo.

—Te recogeré más tarde. Ahora debo ir solo... Faltan tres horas y media para iniciar el ataque definitivo.

CAPÍTULO XII

Cuando tras una larga entrevista con uno de los jefes del «F.B.I.» llegó Kingsley a las cercanías de la villa en donde le habían inyectado el penthotal, hacía más de dos horas que había cerrado la noche.

Dejó el joven científico el automóvil en un lugar apartado, y próximo, por si necesitaba emplearlo con rapidez.

Se disponía a acercarse a la villa por la parte trasera cuando oyó que alguien se deslizaba silenciosamente a sus espaldas.

Prosiguió como si no hubiese oído nada y al girar por una esquina se detuvo, pegándose materialmente a la pared, dispuesto a sorprender a la persona que tan en silencio le seguía.

Oyó los pasos más cerca cada vez. Pero el ruido cesó precisamente al llegar a la esquina.

Se oyó entonces la voz de Nellie, que decía a media voz:

—No hagas una de las tuyas. Soy yo...

—¡Vaya! Surgió la sorpresa. Adelante sin miedo.

La linda morena se dejó ver con su gracioso contoneo que exageró en aquel momento, sonriendo con graciosa picardía.

—No tengo miedo —dijo.

—Haces mal, porque estás deliciosa y en esta soledad y de noche, es un verdadero peligro.

—De todas formas, no tengo miedo.

Cerró los ojos, dando la sensación de que le invitaba a crear el peligro. El hombre la tomó de las manos enlazándola después por la cintura. Y la besó, sintiendo que ella se entregaba a la caricia.

Cuando deshizo el abrazo ella seguía sonriendo; y dijo:

—Eso no ha estado mal, si te sirve de consuelo después de lo sucedido.

—Si lo dices por mi prometida, te aseguro que su conducta me ha dejado tan frío que la ha alejado por completo de mí. Y justo

llegas tú en ese momento crítico...

—Ya hablaremos.

—Las palabras sobran, Nelly.

Volvió a abrazarla, sintiéndose ganado por una pasión renovadora, algo mejor a todo lo que había sentido hasta entonces.

Y se lo dijo a la linda morena que lo escuchó en silencio, sonriendo cautivadora.

—Es mejor que sea así. Y ahora, vamos...

—¿Por qué has venido? Te dije que me esperases en el apartamento de Fred.

—Estaba segura de que no volverías hasta que hubiese terminado todo. Y para entrar aquí será mejor cuentas con mi ayuda.

—¿Y Surrey?

—Quedó ya bajo la vigilancia del «F.B.I.», Fred conocía a los dos agentes que se han encargado de Surrey.

—¿Así pues, están ya en marcha?

—Sí. Está todo dispuesto. Las inmediaciones y todos los accesos a la tumba de Grant están vigilados. Y yo que he pasado por allí, no me he dado cuenta de ello.

—Si te pido...

—Si me pides que te deje ir solo, tendría que desobedecerte. No debes obligarme a tal cosa. No debemos comenzar así nuestras relaciones.

Había tal lealtad y cariño en la actitud de Nellie, un cariño que se veía firme y apasionado, que Mark admitió:

—Tienes razón...

—Nos queremos, ¿no?

—Sí. Como no podía imaginar. Comprendo ahora que a Karen no la quería. Ella me gustaba y tal vez satisfacía un poco mi vanidad...

—Pues sí nos queremos, lo que sea del uno que sea del otro. ¿En marcha, cariño?

—En marcha.

Tomó Nellie de la mano a Mark y tiró de él; sin embargo, no pudo evitar que él se detuviera a poco y la volviese a abrazar estrechamente, besándola con apasionamiento.

Ella le correspondió diciendo luego con graciosa malicia:

—Ya veremos qué dejas para luego...

—El comerte entera...

—Eres el lobo feroz... Vamos.

Poco después se hallaban ante el muro posterior de la villa, muro que fue salvado con relativa facilidad entre los dos.

Una vez en el jardín, el conocimiento del terreno que tenía Nellie y una llave que conservaba, les abrieron el acceso a la parte de la villa dedicada a clínica de internamiento de los enfermos.

—Ella, de estar en algún sitio, tiene que estar aquí —dijo la atractiva morena en voz baja a Mark.

—¿Tienes una idea aproximada del lugar? Porque no vamos a ir abriendo pieza por pieza.

Nellie señaló dos líneas de habitaciones y dijo:

—En esta parte están los normales, dentro de la anormalidad. Ahí no está ella, lo sé seguro...

—¿Entonces...?

—Allí hay un pequeño departamento al cual no tiene acceso el personal de la casa más que excepcionalmente. Lo atienden directamente Shisley, y Holmes, en ausencia del primero.

—Eso significa que es allí en donde está ella. Vamos. Aquí pueden descubrirnos con cierta facilidad.

Las luces en el lugar en que se hallaban eran escasas y estaban tamizadas para evitar molestias a los enfermos, cuyas puertas de cristal traslúcido dejaba penetrar algo de luz. Pero no había en toda la zona lugar alguno en donde esconderse a menos que se metiesen en la habitación de algún enfermo.

Quedó atrás la zona que podían considerar incómoda y llegaron a la que podía resultar peligrosa.

Sin embargo encontraron refugio tras las columnas de sustentación de un arco.

Nellie, conocedora del lugar se mantuvo quieta, silenciosa, en atenta observación.

Al fin dijo al oído de Mark:

—Tengo la impresión de que han puesto un hombre vigilando precisamente la entrada al lugar al cual nos dirigimos.

—Esa medida quiere decir que ella está allí y que temen algo.

—Justamente.

—Déjalo de mi cuenta —pidió Mark.

—Es punto menos que imposible que puedas llegar hasta él sin que te descubra. Y como poco, podrá dar la voz de alarma... Sí, ya sé que vas armado. Pero si evitamos el ruido y la violencia, mejor que mejor.

—Tú dirás...

—Yo lo entretendré. No olvides que soy de la casa y tal vez no conozca mi desaparición...

Nellie, decidida, sin aguardar respuesta de Mark, se dejó ver, marchando con naturalidad, con su habitual y gracioso contoneo.

—Se oyó la voz del vigilante que decía en voz baja:

—¿Quién va por ahí?

—¡Vaya! Si es Jimmy... ¿Es que no me conoces?

—Claro que te conozco, aunque me gustaría conocerte mejor...

—Prefiero no entenderte, Jimmy. Voy a mi trabajo...

—Disfrutas martirizando a la gente, «morucha».

—A ti no te he martirizado, «pecoso»...

Lo dijo en tonillo despectivo a la vez que se inclinaba ligeramente y levantaba su falda un par de centímetros fingiendo que repasaba uno de sus ligeros.

Jimmy se desplazó ligero andando sobre las puntas de los pies, dispuesto a sorprender a Nellie que estaba ligeramente de espaldas a él.

Ella permaneció inmóvil y en el momento en que el hombre se disponía a tomarla de la cintura para abrazarla, surgió Mark, quien silenciosamente golpeó a Jimmy con el filo de la mano derecha.

Se estremeció el hombre, que cayó fulminado. Y segundos después quedaba atado y amordazado.

Lo situaron de forma que no pudiese ser visto si llegaba alguien, Y ambos jóvenes se acercaron a la pieza cuya puerta había estado vigilando Jimmy.

Oyeron que alguien hablaba por teléfono. Reconocieron la voz de Holmes.

Mark dirigió a Nellie una mirada interrogadora y ella respondió con un gesto de ignorancia.

Holmes, sin imaginar que Mark y Nellie le estaban oyendo, tan pronto enhorquilló el tubo del microauricular telefónico, se dirigió a Barry Sullyvan, el rubio agente de contraespionaje.

—Esto se pone mal, muchacho.

Al terminar de hablar dirigió una mirada crítica a la rubia Norma Higgins, secretaria de míster Harper.

—¿Qué sucede? —preguntó Sullyvan sin perder su flema habitual.

—Nuestra gente no ha sido capaz de localizar a Fred Dale. Entonces he dirigido la amenaza a míster Harper. O se están quietos o liquidamos a la rubia...

Aludió con el ademán a Norman, que permanecía pasible.

—¿Qué ha sucedido?

—Se ha reído de mí. Dice que me costará caro...

—¿Qué más?

—Ya te dije que Nellie Walton ha desaparecido...

—Sí.

—Y lo que es peor: Sospecho que Mark Kingsley está vivo, aunque no he logrado localizar al único superviviente de los que se fueron con él, para que me informe.

—Creí que tenías una banda capaz...

—Es gente buena, probada...

—Una gente buena y probada que va cayendo estúpidamente sin que tú, su jefe, tenga conocimiento de lo sucedido...

Holmes se estremeció como si le hubiesen abofeteado. Crispó las manos y dijo tratando de contenerse:

—No puedo estar en todos sitios.

—¿Qué más hay? —preguntó Sullyvan...

—Shisley está rodeado por gente del «F.B.I.» y él no se ha dado cuenta aún...

—¿Y Surrey?

—Tres de nuestros muchachos han salido a su encuentro para que no llegue al lugar de la cita. Lo atraparán y le arrancarán el resto de la «mercancía». Y lo dejarán tendido en medio del asfalto. La gente que le he enviado es de la que no falla...

—No te creí tan estúpido. Seguro que Surrey estará vigilando también. No habías logrado localizarlo y ahora aparece de pronto...

Iba a responder Holmes con cierta violencia, pero llamaron por teléfono en aquel momento. Tomó el aparato y tras darse a conocer escuchó la que tenían que comunicarle.

Fue respondiendo con monosílabos. Y su rostro se fue ensombreciendo.

Cuando hubo terminado ahogó una interjección de ira y se volvió para decir a Sullyvan:

—Los que envié eran buenos. Han descubierto que Surrey no va solo. Lleva gente escondida en el auto y ellos no actuarán, naturalmente.

—Menos mal. Ésos no eran tontos del todo y al menos te han informado señaló Sullyvan. —Te dije que caminabas con demasiada alegría en un asunto tan importante como éste.

—Sobran los reproches...

Dirigió una mirada de maligna expresión a la rubia y dijo:

—Lo siento, chica, porque te reservaba algo mejor, pero Red Holmes cumple su palabra. No se han estado quietos y tú pagarás con la piel. Otros lo pensarán antes de moverse...

Sullyvan permaneció impasible, sonriendo con expresión que tenía algo de irónica.

Y la rubia, que se hallaba tendida cómodamente en una cama turca se movió perezosamente primero, para luego, con insuperable rapidez, sacar una pistola que llevaba ajustado silenciador.

La rubia encañonó a Holmes a la vez que decía a Sullyvan:

—Dile a ese estúpido quién soy yo.

—Lo siento, Holmes, pero ella es la jefa, fue la que urdió todo. Ahora te suprime a ti, yo desaparezco y ella se queda. Es la pobre víctima de la barbaridad de los «gangsters». ¿Quién va a pensar que es ella la que tiene la parte que nos entregó el profesor Surrey?

Holmes palideció, desenchajó la mirada y se dispuso a desenfundar jugándose el todo por el todo.

Disparó la rubia, señaló Holmes una crispación y se desplomó muerto. Ella preguntó seguidamente a Sullyvan:

—¿Lo tienes todo dispuesto?

—Sí, aunque atrapen a Surrey, con lo que tenemos y lo que se le sacó a Kingsley, se podrá completar todo. Las microfotos están ya hechas. Solamente falta la segunda reducción.

—De acuerdo. Ahora, desaparece y no te dejes ver hasta que yo te lo señale según lo convenido.

Le echó por el aire la pistola que él recogió.

La rubia ordenó:

—Átame. Conviene representar bien mi papel de víctima.

—El jefe quedará contento, rubia... Tendremos pasta de sobra.

—No cantes victoria aún. Me tiene inquieta la desaparición de Nellie Walton. Te dejaste ver de ella cuando según parece no estaba dormida del todo. Y podría recordar...

—No te preocupes, encanto.

Se habían reunido. Sullyvan enlazó a la rubia por la cintura y se dispuso a besar.

Kingsley y Nellie hicieron acto de presencia.

—Un momento. Todavía no es la hora del triunfo...

Sullyvan actuó rápido aferrándose a la rubia, haciéndola girar y colocándola como escudo mientras encañonó a Mark.

Disparó éste y arrancó el arma de manos de Sullyvan.

—Aparte de estudiar con aprovechamiento, fui un buen deportista, Sullyvan. Y aún queda algo. La Prensa deportiva de entonces te dirá que ful campeón universitario de tiro y seleccionado olímpico.

—Vaya...

—Suelta a la señorita Higgins... Sí, para mi continúa siendo una señorita a pesar de todo. No soy yo quien debe juzgarlo.

Norma, tras dirigir una mirada de ira a Sullyvan por haberse servido de ella como escudo, se separó y dijo con ironía:

—Gracias, señor Kingsley...

—No tiene por qué darlas.

Se dirigió el joven a Nellie:

—Telefona a Fred, cariño. Que detengan a míster Harper bajo mi responsabilidad. El «jefe» es él... Te dije que había algo raro en lo de la señorita Higgins. Ya lo has oído. Al doctor Ramsay lo emplearon para desviar la atención del doctor Sullyvan. Cuando se hubiesen dado cuenta, todo habría estado en orden... Y estos granujas se habrían salido con la suya.

Tras la dura calificación, Kingsley sonrió y se dirigió nuevamente a Norma:

—Aunque sea una señorita, también puede ser una granuja. Lo siento, pero lo es...

Nellie, conteniendo la risa, telefoneó a Fred.

Cuando hubo terminado informó:

—Todo en orden, Mark. Shisley ha sido apresado. Detendrán a Harper... Y ya viene hacia aquí para hacerse cargo de éstos. Quisiera que hubieses oído a Fred cuando se enteró que el secuestro

de la señorita Higgins fue pura ficción. Asegura que se retirará de la profesión y que en lo sucesivo se dedicará a pasar ancianitos de una acera a otra...

FIN



LA PELICULA ES UNA CINTA DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

leyendo este libro comprenderá lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS

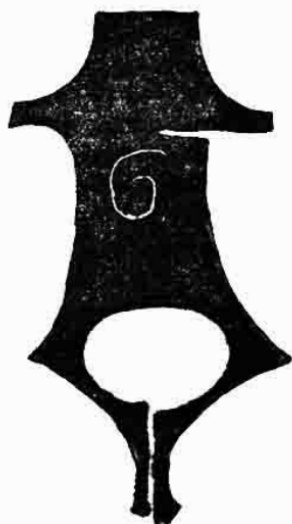
LA GRAFOLOGIA

A. M. Cobbaert

Mil posibilidades en esta frase tan sencilla: saber cómo somos en realidad, cómo son las personas que nos rodean, para qué servimos, y hasta cierto punto, a dónde vamos...

Jefes de empresa, médicos, educadores, técnicos en orientación profesional, investigadores, todos se valen de la grafología como de una ciencia exacta.

¿Por qué no utilizarla nosotros para nuestro provecho y diversión? ¿Ha pensado en ello?



MARABU ZAS

PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

La revista de la canción

fans...



es fans..tástica



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un VETERANO SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1772*

